ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL SECRETO DE LA EVOLUCIÓN

DESDE que el libro de Darwin apareció en el mundo formando época, la actitud mental de la humanidad, respecto del universo de que forma parte, puede decirse que ha sufrido un cambio radical. A la verdad, en Occidente se había hablado de la evolución antes de que Darwin y Wallace escribieran sobre ella, pero seguramente no había penetrado gran cosa en el pensamiento de la época.

Es casi imposible hacer retroceder nuestra mente á la posición sostenida por un gran número de gente pensadora cuando se inició por primera vez la discusión sobre este tema en el público; la idea de que las cosas formaban una poderosa cadena, una cadena en la que cada eslabón tenía su sitio propio, en la que no faltaba eslabón alguno; la idea de considerar nuestra propia raza, los reinos animal, vegetal y mineral, el mundo mismo, como causalmente relacionados, desenvolviéndose el uno del otro, era uno de esos pensamientos estupendos que cambian la faz de la humanidad, que alteran la actitud toda del pensador respecto de lo que le rodea. En todas partes, entre la gente culta, el pensamiento de la evolución ha reemplazado al de una creación especial. No sólo es esto verdad en lo que se refiere á las formas de las cosas vivas, sino que el pensamiento se ha extendido hasta comprender las cualidades morales del hombre y su desarrollo intelectual; luego ha sido aplicado al desarrollo de las naciones; ha servido para iluminar la historia, para enlazar una edad con otra y para encontrar en todas partes las raíces de un pasado del cual se ha derivado causalmente el presente. En las manos de hombres como Huxley y Clifford esta idea se ha ensanchado, abarcando todos los campos del pensamiento humano. Los nobles escritos del profesor Clifford, en los que desde un punto de vista puramente agnóstico,

explicaba sus teorías de la ética, son un ejemplo de lo que decimos. Fundándose en la pasada evolución de la raza, en la idea de la conciencia de la raza desarrollándose gradualmente, á cuyo desarrollo cada individuo contribuía, haciéndose más fuerte y más rica con cada nueva vida que venía al mundo, hacía una elocuente llamada á los instintos más elevados del hombre; la llamada de que, como todo lo habían recibido los hombres del pasado, debían traspasar al futuro lo que habían recibido, sin mermarlo por el mal pensar ni el mal vivir, sino alimentado por el pensar más noble y la vida más pura. Al hacer esta llamada, revestida de un lenguaje impregnado de toda la energía, de toda la elocuencia de una mente poderosa y de un corazón de diamante, el gran pensador agnóstico derramaba todo el fervor de la religión en una creencia que era nominalmente materialista, y despertaba todas las aspiraciones elevadas humanas con esta apelación á la responsabilidad humana, al deber humano y á la gratitud humana. Nadie que haya leído sus memorables escritos puede decir que sea necesario creer siquiera sea en la inmortalidad de la conciencia individual á fin de poseer la esencia misma de la Religión, de compartir la pasión del entusiasmo por un gran ideal.

Considerando, pues, la evolución humana desde ese elevado punto de vista, vemos que ha penetrado todo el pensamiento moderno. La creación especial nos parece ahora una idea imposible é irracional; no podríamos considerar otra vez al mundo constantemente vuelto á poblar con creaciones nuevas. No podemos ya imaginarnos el concepto antiguo de un mundo en el que repentinamente apareciese por un solo mandato divino un vasto reino de cosas vivas. Tal pensamiento nos parecería irracional, sería tan incapaz de explicarnos todo lo que á nuestro alrededor vemos, que lo desecharíamos como indigno de consideración, de tal suerte que ni siquiera se nos ocurriría ahora concederle los honores de la discusión.

Pero al considerar el mundo desde este punto de vista de la evolución, cierta tristeza se extendía sobre la mente humana. Cuando se remontaba hasta los principios de nuestro mundo, cuando en pensamiento veía á nuestro globo como una masa de substancia líquida incandescente, cuando veía la lucha de los elementos, cuando observaba allí la supervivencia de lo más perfeccionado, el corazón no se angustiaba, el sentido moral no se sentía ultrajado; en toda esa lucha de la vida no senciente no había dolor, no había sufrimiento ni angustia, compañeros de la contienda. Pero así que el pensamiento se desenvolvió con las edades, siguiendo la corriente de las formas en evolución, así que se rastreó el desenvolvimiento de lo más complejo procediendo de lo simple, la delicadeza siempre creciente de la estructura, la sensibilidad siempre creciente de los organismos, entonces surgieron las preguntas en la mente sin encontrar fácil contestación. Un sér luchando con otro sér en cada departamento de la naturaleza; miriadas destinados á una corta existencia, para quienes no había sitio en el mundo ni posibilidad de completo desarrollo; de esta inmensa acumulación de vida en la naturaleza, de esta superabundancia de criaturas vivas, surgía una lucha tremenda, una

lucha por la vida, una lucha por el alimento. La evolución se explicó entonces como dependiente de la supervivencia de lo más perfecto, lo más perfecto sobreviviendo después de la lucha por la existencia; lucha por todos lados constantemente repetida; todos los débiles, los enfermos, los más impotentes, pisoteados sin compasión; seres salvajes que se revuelven contra uno de los suyos por ser débil ó enfermo; el fuerte agobiando al débil, los más astutos sobreponiéndose á los más sencillos; en todas partes la vida desarrollándose verdaderamente más hermosa, más compleja, más maravillosa, como resultado de la incesante contienda; pero al paso que la inteligencia admiraba tal maravilla, el corazón sangraba ante el espectáculo del sufrimiento. Y de este modo, á través de las edades, se traza el curso de la evolución; en todas partes la batalla, en todas partes la destrucción; cada nueva joya de forma más elevada proviniendo de este combate horriblemente enconado, siendo siempre el botín de la victoria. El poeta clama contra la naturaleza «de garras y dientes sangrientos»; uno de nuestros más grandes obispos ha declarado que contemplando el campo de la naturaleza vemos un campo de batalla de sufrimiento y de muerte. Tal fué el cuadro dibujado por la ciencia al bosquejarnos la evolución, así en sus métodos como en sus resultados; tal la pintura presentada al investigador cuando volvía sus pensamientos al estudio de la evolución del mundo en el cual es una unidad.

Y los hombres trataron de parapetarse en contra de esta opinión, primero negando la evolución y después buscando el modo de atenuarla ó de evadirla. Luego, á medida que la ciencia avanzaba en su camino, el cuadro se hizo más sombrío; pues al considerar esa larga lucha en los días en que sólo se estudiaba esta evolución de la forma, con todas las cualidades mentales y morales como resultante de la evolución física, el corazón se oprimía ante el precio á que cada triunfo se pagaba; pero uno trataba de disminuir aquel peso echando una mirada al porvenir cuando la lucha del pasado y del presente floreciesen en una edad de oro, en el reino de la virtud, de la dicha y de la paz. Siguiendo el curso de la raza humana desde los hombres de las cavernas y del período cuaternario, creyendo simplemente en esa evolución que la ciencia enseñaba cuando algunos de nosotros éramos jóvenes ó de edad mediana; siguiendo el curso hacia adelante en la misma línea, persiguiendo los mismos métodos, soñamos en la edad de oro que finalmente lucirá en el mundo, cuando la humanidad se haya elevado tanto sobre el presente como la humanidad de hoy se ha elevado sobre la del período citado. Más allá de esto la mente no se atreve á avanzar; más allá de esto, sobre el proceso de la declinación, la mente se niega á mirar. La ciencia, á la verdad, nos dijo que la subida tiene que ser seguida de la bajada; que la evolución subía hasta el punto más culminante y luego descendía, viniendo la decadencia, la vejez y la muerte, de modo que el maravilloso relato de la evolución tenía que terminar en el punto en que había principiado; habiéndose elevado paso á paso del polvo cósmico del pasado, tenía que volver paso á paso al polvo cósmico en el porvenir.

El cuadro, hasta en su mismo aspecto de subida, era bastante sombrío y triste; pero considerado en su conjunto—con el postrero luchar sin esperanza, con la final inutilidad de la vasta evolución—presentaba un terminar verdaderamente negro y desesperado. Las últimas investigaciones de la ciencia parecían hacer al problema mismo más difícil de resolver; parecía confundirnos aún más cuando nos esforzábamos en comprenderlo. Mientras las cualidades mentales y morales fueron consideradas como resultado de la evolución de la forma; mientras se sostuvo que éstas se desarrollaban gradualmente, pasaban del padre á la progenie en una espiral siempre ascendente, presentábase por lo menos un argumento en que tanto el cerebro como el corazón podían descansar temporalmente. Pero cuando los hombres de ciencia empezaron, más tarde, á decirnos que estas cualidades mentales y morales no seguían el curso de la evolución; cuando principiaron á decirnos que la evolución de la virtud se encontraba en conflicto directo con la evolución bajo la ley cósmica; cuando, desentrañando este punto aun con más detalles, nos demostraron que á medida que el organismo se hacía más y más complejo, se hacía cada vez menos posible encontrar semejanzas entre los padres y la progenie; cuando yendo aún más lejos nos dijeron que mientras más elevada era la evolución de las cualidades mentales y morales, menos podían encontrarse como transmitidas á la descendencia; cuando discurriendo paso á paso por esta senda de pensamiento, se declaró que ese triunfo de la inteligencia humana que llamamos genio, era inherentemente estéril, impotente para ser transmitido á sus sucesores, entonces una nube aún más lóbrega cubrió el cuadro de la naturaleza, y la esperanza que los primeros evolucionistas nos hicieran concebir nos fué arrebatada.

A medida que esta última opinión era más y más adoptada; á medida que de un modo cada vez más claro se veía que el total de la evolución física, la evolución de la forma, dependía de una continuidad del protoplasma que servía de vehículo á las formas en evolución; á medida que esto se hacía más y más claro, al ser comprobado por sucesivos experimentos, gradualmente empezamos á ver que á esta teoría le faltaba su mitad más importante, y que al paso que rebosaba de hechos en lo que se refería á la evolución de la forma, no nos dejaba nada satisfechos, sino más bien llenos de confusión, cuando se trataba de la evolución de la vida. Verdaderamente, en lo que se refería á la evolución de las formas podíamos trazarlas las unas de las otras; eslabón tras eslabón fué encontrado, y desde luego se podía ver que donde quiera que parecía faltar temporalmente un eslabón, era más bien nuestra ignorancia que no podía verlo, y no la falta del eslabón mismo. Pero cuando supimos que toda la ley de herencia, que el edificio entero de la construcción gradual de las formas tenía que ser explicado, si es que de algún modo podía serlo, en las mismas *líneas de material continuo* de que dependía la construcción de la forma, entonces, naturalmente, principiamos á preguntar: ¿No habrá ahí alguna otra cosa que evoluciona á la vez que la forma? Esa evolución de cualidades de que se hablaba, esa evolución de la

conciencia de la cual se oía decir tanto, necesitaba también su continuidad, la evolución de la mente, la evolución de todo lo que es lo más valioso en el hombre, la evolución de la virtud así como la del intelecto. ¿Dónde está la base continua inherente á todo esto? Hemos encontrado una base continua á la cual pueden ser inherentes las características físicas; hemos visto cómo la forma podía desenvolver la forma, y hemos seguido el curso de las líneas de causación; pero necesitamos conocer una verdad más honda: el secreto de estas formas que evolucionan, el POR QUÉ y el CÓMO de la evolución. ¿Por qué han de ser las formas más complejas? ¿Por qué lo sencillo se transforma gradualmente en lo complicado? ¿Por qué existe una evolución del sentido moral? ¿Por qué existe una evolución de los poderes mentales? ¿Dónde está el poder-motivo en que se funda toda esta vasta escala del ser? La ciencia nos ha hablado de una evolución de la forma: ¿puede ella hablarnos de una evolución de la vida?

En la naturaleza la muerte siempre está ocupada en destruir forma tras forma. ¿Cuál es la explicación de este constante aniquilamiento de las formas? ¿Por qué la naturaleza construye y deshace sus propias creaciones? ¿Por qué la naturaleza construye un edificio y luego lo echa á tierra, lo arrasa, sin dejar nada tras sí, salvo otra forma destinada á pasar por la misma sucesión? ¡La muerte en todas partes! ¿Cuál es la explicación? ¡Algo que guía la evolución! ¿Dónde está la clave? Esta es la pregunta que los hombres naturalmente hacen; esta es la inevitable pregunta que tiene que surgir en la mente á medida que se llega al dominio de la evolución de la forma, y se nos dice que la evolución de las cualidades superiores de la naturaleza no pueden considerarse como una serie ordenada; que el genio permanece esporádico; un enigma, el desorden en un mundo de leyes, sin provenir aparentemente de parte alguna; desapareciendo, aparentemente, sin dejar rastro. El intelecto humano no puede permanecer satisfecho frente á semejante problema; exige otra contestación, y seguirá preguntando hasta que se dé la respuesta. Sobre este punto la ciencia de hoy no tiene nada que contestar, no puede explicarnos nada del aspecto oculto, del aspecto interno.

Algunos filósofos han tratado de contestar. John Stuart Mill, considerando este problema de sufrimiento y de muerte, que parece que salta lanzándose sobre nosotros cuando estudiamos la evolución, lo contestó en sus *Ensayos*, publicados después de su muerte; creía que observando los hechos de la evolución, los hechos que la ciencia había reunido, era necesario admitir un designio en la naturaleza. Pero considerando este designio, con su implicación de un Designador, pensaba que sólo era posible imaginarse que el Designador era ó bien limitado en poder ó limitado en benevolencia. Si había que atribuirle poder, entonces no existía la benevolencia; si se le atribuía benevolencia, entonces el poder tenía que ser limitado. Esta era una indicación que se hizo para resolver el problema del sufrimiento y de la muerte.

¿No existe una contestación mejor, una explicación más completa del problema de la evolución? ¿No será posible, más aún, probable, que sólo este-

mos mirando un aspecto, el aspecto externo, con que naturalmente choca nuestra vida? Vemos esa continua destrucción de la forma; unida á ella, pero, según se nos dice, no relacionada causalmente con ella, vemos otra evolución de cualidades, de virtudes, de facultades mentales y morales, una vida en desenvolvimiento constante. Si pudiésemos considerar los problemas de la naturaleza por el aspecto de la vida en lugar del aspecto de la forma; si con otra clase de visión pudiésemos contemplar este mundo de lucha, donde la forma pelea con la forma, donde las formas son constantemente deshechas; si pudiésemos apartarnos de ese osario de la naturaleza y, empleando una visión más penetrante, buscar el secreto de la evolución, ¿no veríamos una vida creciente que está sólo empleando la forma para sus propios fines? ¿No podría ser que lo que llamamos muerte no fuese más que la destrucción de una forma externa gastada, que de auxiliar se ha tornado en rémora, que de útil instrumento se ha convertido en cárcel? ¿No podría ser que la muerte perteneciese sólo á la forma; que donde los ojos ven la forma la visión superior vea la vida, y donde los ojos ven la muerte la visión superior no vea sino el renacer á posibilidades más amplias y grandes? ¿No podría ser que hubiese una continuidad de vida así como hay una continuidad de protoplasma? ¿No podría haber un hilo continuo de vida así como hay el hilo continuo que enlaza una forma con otra? Si las cualidades fuesen inherentes á la vida; si las formas se hiciesen más y más complejas porque la vida que busca las formas para manifestarse se hiciese siempre cada vez más compleja y necesitase una forma más perfecta para expresarse; si mirando al aspecto de la vida viésemos en él alegría y triunfo, así como en el lado de la forma sólo vemos el fracaso y la muerte; si de cada forma destruída surgiese triunfante una nueva vida, como la mariposa surge de la crisálida, dejando atrás su prisión; si éste fuese el otro aspecto de la evolución de la forma; si en toda la naturaleza la muerte no fuese sino nacimiento; si la rotura de la forma no fuese sino la liberación de la vida, entonces todo lo que era tristeza tomaría aspecto sonriente y nos identificaríamos con la vida que se desarrolla y no con las formas, que sólo se deshacen cuando su obra ha terminado.

Veamos si este pensamiento puede encontrar justificación ante el intelecto, como ha sucedido con el de la evolución de la forma. Primeramente, cuando principiamos á estudiar esta evolución de la vida, vemos la vida como un germen, lo mismo que la forma lo es en un principio; así como el hombre de ciencia al seguir hacia atrás el curso de la evolución ve que en aquella forma simple, mera partícula de protoplasma, existe el principio de todas las formas complicadas que más adelante poblarán la superficie de nuestro globo, así también el que estudia la vida la ve como germen al aparecer en nuestro globo; pero en esa vida en germen, en esa chispa de la Llama Divina existe encendida toda la posibilidad de la evolución más elevada de la vida, así como en la partícula del protoplasma están todas las posibilidades de la evolución de la forma. El protoplasma proporciona aquello en que la vida, encerrada y limitada para que pueda crecer, encuentra la base necesa-

ria por cuyo conducto puede recibir el estímulo que hace surgir sus poderes internos á la verdadera manifestación: la vida en germen y la forma en germen.

Si nos detuviéramos un momento á estudiar esa partícula de protoplasma, ¿no nos enseñaría tal estudio importantes lecciones acerca de la vida que anima á la forma? ¿No veríamos al examinarla que la vida es la que dirige y no la forma? La función de la vida, las demandas de la vida á la forma, es lo que ocasiona las modificaciones de ésta, á la cual moldea con arreglo á sus necesidades. Tal sér no tiene órganos por los cuales pueda ejercitar todas las funciones de la vida que vemos en actividad en criaturas superiores. No tiene boca, ni miembros, ni pulmones, ni sistema circulatorio; todo ello tiene que ser construído en el lento proceso de la evolución de la forma; pero necesita alimento, y se construye una boca; desea moverse, y se hace unos miembros; le es necesario oxígeno, y se construye un aparato respiratorio; en todas partes la vida moldea la forma, hasta la más rudimentaria que podemos descubrir. La conciencia está allí: la respuesta del organismo á lo que le rodea, la réplica de la vida que está dentro, la manifestación de los poderes de la vida; ésta, funcionando en la forma, la moldea á sus fines y nos habla de la fuerza directora que usa las formas para su propia evolución.

A medida que paso á paso avanzamos, surge otro pensamiento que nos consuela. Hemos abandonado la idea de la creación especial por lo que respecta á todas las formas; hemos renunciado, por irracional, á la idea de que la forma, perfecta en todas sus partes, complicada en su organismo, constituída de innumerables variedades de tejidos, surgió de alguna parte al mandato de un poder creador. Pero si esto es así, entonces cuando llegamos á tratar de ese organismo mucho más complicado, la vida humana, ¿podemos considerarla como creación especial cuando muestra en principio todo lo que hemos reconocido como una señal de la evolución al ocuparnos de la forma? Vemos un sér humano altamente evolucionado, una conciencia altamente desenvuelta, una inteligencia altamente desarrollada, una maravillosa complejidad de pensamientos, de sentimientos y de pasiones; vemos un sér que, considerado internamente, es maravillosamente complejo en todas sus partes: ¿es esto el resultado de una creación especial que no se ha presentado en ninguna otra parte en la naturaleza? ¿Es la más complicada de todas las cosas, creada especialmente sin causación tras sí, sin nada que la explique, surgiendo repentinamente en el completo ejercicio de sus funciones? ¿Es este el concepto que debemos formar después de haber aprendido que debemos desecharlo en todos los demás departamentos de la naturaleza? Cuando al mirar la evolución de la forma vemos toda una cadena de formas; cuando vemos que las podemos eslabonar, perfectamente enlazadas, desde la más elevada á la más ínfima, hecho comprobado por la serie perfectamente ordenada y sucesiva de las formas, cuando vemos las inteligencias humanas mostrarse en la vida mental y moral en todos los grados del crecimiento sucesivo; cuando vemos esas inteligencias humanas, una en germen, otra des-

arrollada en parte, otra con mayor desarrollo, y así sucesivamente, eslabón tras eslabón: una escala de la inteligencia lo mismo que una escala de la forma: en el mundo de las vidas que evolucionan la serie sucesiva ordenada, la sucesión definida, definida como en el mundo de las formas que nos rodean, ¿podemos nosotros, si somos seres razonables, rechazar por completo, respecto de la vida, la misma argumentación que nos condujo al convencimiento de la evolución de la forma? Considerando todos esos diferentes grados de inteligencia tal como se nos presentan, ¿no hemos de verlos también como una escala de vida, así como hemos visto una escala de formas? ¿Podemos rechazar la creación especial para el mundo de las formas y no prescindir de ella en el mundo de la vida? ¿No debe una misma mente aceptar ambas si la mente se permite argüir en el estudio de la vida como arguye en el estudio de la forma? A menos que podamos dividir nuestros cerebros, como se ha dicho, en compartimentos, y separar por completo nuestros métodos de pensar cuando tratamos de la forma y de la vida, ser razonables en lo uno y faltos de razón en lo otro, admitir la fuerza del argumento en un caso y negarlo en el otro; á menos que de tal modo pisoteemos la inteligencia, es imposible dejar de admitir la evolución en el mundo de la inteligencia, de lo mental y moral, así como tampoco dejar de buscar la base continua, única cosa que puede hacer posible la evolución.

Hay todavía otra dirección de pensamiento que debemos seguir al trazar la evolución de la inteligencia; dirección estrechamente relacionada con una de las clases de argumentación que se presentan al seguir el curso de la evolución de la forma. Todos los que han estudiado ciencias saben que uno de los argumentos más contundentes en pro de la evolución, está en el hecho de que cada nueva forma recorre, en los primeros períodos de su crecimiento individual, esas grandes formas típicas á través de las cuales la evolución declara que aquélla ha pasado en el transcurso de los siglos y de los milenios. Si preguntamos á un evolucionista por qué dice que el cuerpo humano ha evolucionado, nos dará, como una razón entre muchas, que si observamos su desarrollo intrauterino, le vemos manifestar paso á paso las señales características de los reinos á través de los cuales, en el transcurso de los milenios, han evolucionado las formas. Ahora bien, si consideramos el crecimiento de la inteligencia individual, encontramos asimismo que en cada caso atraviesa rápidamente por los estados que ha dejado atrás en la evolución, y que repite en cada nuevo período de vida los signos característicos de la escala que ha subido. Considérese la inteligencia del niño: al seguir el curso de su manifestación á través de una nueva forma, le vemos en este nuevo pequeño ciclo de vida, mostrando los diferentes grados por los cuales ha pasado. Tan cierto es este hecho, que algunos hombres de ciencia han trazado realmente, período tras período, los pasos de la evolución de la inteligencia individual como representando los pasos de la inteligencia según se la observa en el desarrollo de las razas de la humanidad: estado salvaje, estado semisalvaje, estado civilizado, y así sucesivamente, repitiendo en el nuevo

ciclo de vida los peldaños que ha recorrido en muchas vidas pasadas. Cada niño pasa por tales períodos He aquí otra vez una identidad de hechos; ¿cómo, pues, puede haber lógicamente, una conclusión distinta?

Prosigamos con nuestros pensamientos, dejando siempre que estos grandes principios graviten con todo su peso sobre nuestra inteligencia; pues debe tenerse presente que cuando tratamos de estos transcendentales principios, no muestran toda su fuerza cuando por primera vez se les considera. Ellos desarrollan su poder persuasivo á medida que la mente se detiene á considerarlos y los absorbe en sí misma. Pensando en estos grandes principios, uno después de otro; meditando sobre ellos, tratando de ver lo que creemos probable que produzcan y lo que efectivamente producen en la naturaleza, veremos gradualmente que hemos alcanzado un argumento para la evolución de la vida, que constituye el *pendant* de la evolución de la forma, el cual es concluyente en su fuerza, todo persuasión en su llamamiento á la inteligencia. A medida que lo estudiamos vemos que se nos recomienda más y más como la única explicación racional de la diversidad de inteligencias, del desarrollo moral, de las diferencias intelectuales que nos rodean, las cuales permanecerían de otro modo un problema insoluble, un enigma que no podemos descifrar. Cuando estos pensamientos han ocupado la mente por algún tiempo; cuando han producido todo su efecto, entonces vemos que nos han conducido por un camino diferente á la aceptación de aquel pensamiento fundamental de la evolución de la vida, de la cual es sólo un ejemplo la reencarnación del alma humana, la adaptación de una ley que funciona en todas partes de la naturaleza, al caso de la vida que individualmente evoluciona. Una vez que nos hayamos penetrado de esto, la evolución principia á tomar para nosotros un aspecto por completo distinto; vemos que para la vida, la muerte no es sino nacimiento; principiamos á comprender que la forma no es la vida, sino la vestidura de la vida; que así como en la infancia desechamos sin pesar los vestidos que van quedando pequeños, poniéndonos otros más en armonía con el mayor desarrollo de nuestro cuerpo, así también en el curso de nuestra vasta evolución las formas que en un principio revistiéramos como vestiduras, eran formas de niño propias para la vida de la infancia, para la inteligencia infantil, para el alma-niño, y cuando resultan pequeñas no hay razón para sentir el desecharlas. Dejamos atrás forma tras forma, pero *nosotros* continuamos; nos revestimos de figura tras figura, pero *nosotros* perduramos; las formas pueden perecer: que perezcan, porque su muerte es condición necesaria para el crecimiento de la vida, porque si no hubiera «muerte», si la naturaleza no destruyera del mismo modo que construye, si no derribase del mismo modo que edifica, entonces nos encontraríamos en la posición en que se encontrara un muchacho si sus vestidos fueran de hierro y no pudiera ni gastarlos ni romperlos; entonces la vida se quedaría enana en su evolución á causa de lo perdurable de la forma. La condición misma del crecimiento de la vida implica el rompimiento de la forma que ya no llena sus necesidades.

¿Qué es, pues, la evolución? Es ese esquema maravilloso en la mente del Logos que Él proyectó para la construcción de Sus mundos. ¿Cómo podía Él dar Su vida de un modo tal que de aquella vida una pudiera surgir la variedad infinita? ¿Cómo podía Él derramar Su vida de tal manera que no crease duplicados de Sí mismo como meros autómatas que respondiesen á Su voluntad movidos por ella, sin una voluntad suya propia? ¿Cómo, en lugar de esto, podía Él crear un universo de criaturas dotadas de movimiento y de vida, á quienes al dar Su vida les comunicase Su propia existencia, para que cada una fuese un centro de vida existente propia y desarrollase de ese centro de propia existencia poder tras poder, facultad tras facultad, posibilidad tras posibilidad, todo, en fin, lo que distingue Su propia sublime y perfecta vida? ¿Cómo podía Él traer á la existencia Sus finalmente cooperadores, sus pares?

Dotados de propio movimiento tenían que ser; esto implicaría la evolución de la voluntad. La voluntad en Él es todo poderosa, todo competente, todo dominante, siempre dirigida á lo más elevado y á lo mejor, guiada por una sabiduría perfecta y un perfecto amor ¿Cómo podía desarrollarse una voluntad semejante en esas criaturas á las que en la infinitud de Su propia mente Él proyectó en pensamiento antes de hacerlo en la forma? Una voluntad como la Suya para ser libre, una voluntad como la Suya para elegir siempre lo mejor, no por compulsión externa, sino como expresión de una vida perfecta, ¿cómo podía manifestarse semejante voluntad en ellas; cómo podía semejante vida alcanzar su perfección?

La respuesta á esta pregunta fué evolución; la vida dada como un germen, la forma dada como un germen, la forma debiendo tener la característica del cambio, la forma siempre deshaciéndose y reconstruyéndose, la forma en un principio sencilla y tornándose complicada á medida que el germen en evolución que la habitaba lo exigía así más y más; ambos continuos, ambos en un sentido inmortales; esto es, que al paso que la exterioridad de la forma no era continua, existía el lazo de la materia que daba la continuidad; luego la vida debía funcionar en ella y moldearla, darle forma ya de una manera, ya de otra, ensayando éste y aquel experimento, ésta ó aquella clase de experiencia, sin tener límite en ninguna parte, excepto que una sola Ley debía ser el guía; que hiciese lo que hiciese, los resultados de su actividad debían volver á ella; que sea lo que fuere lo que eligiese, esta elección debía ser contestada sin la posibilidad de rechazamiento. La Ley una de causación fué impresa por el Logos en Su universo, una Ley que jamás podría ser violada, porque sólo así podía ser educada la vida, porque sólo así podía ser ejercitada hasta la suma perfección. ¡Cómo! ¿Que la vida puede sumergirse en toda clase de expresión; que la vida puede experimentar libremente, actuar con arreglo á su fantasía y á sus caprichos; que la vida puede lanzarse en todas direcciones, aquí y acullá, sin que nadie se lo impida? ¡Sí! esa libertad fué dada á la vida porque la vida era parte de Su propia vida, y sólo así los poderes que eran Suyos y que estaban en germen dentro de esa vida, podían ser definidamente evolucionados.

A medida que aprendía lecciones por estos continuos experimentos, la vida conservaba la impresión de cada una de aquéllas. El mundo, el pensamiento del Logos, devolvía á la vida en evolución la respuesta perfecta á cada palpitación que lanzaba como demanda. De este modo la vida aprendió lecciones de experiencias; de este modo la vida almacenó en sí misma una memoria de los resultados de cierto género de actividades. Estas actividades la atraían algunas veces con los halagos de la sensación, repitiéndola luego con el sufrimiento que seguía á la satisfacción de aquélla, y lentamente la vida aprendió á escoger más sabiamente; poco á poco esta vida aprendió á guiarse á sí misma, ayudada del conocimiento y de la inteligencia; de suerte que á medida que la voluntad evolucionaba y se acrecentaba el poder de elección, aprendía siempre á determinarse por lo mejor, porque encontraba que lo mejor y lo más dichoso eran una sola cosa. Así, la vida evolucionó con muchas experiencias, sin que faltara una sola de las que le eran necesarias; pues otro objetivo se halla ante esta vida, el objetivo que, al ayudarle á avanzar, lleva á efecto el mismo Logos; esa vida debe ser el auxiliar de otras vidas, el instructor de inteligencias más jóvenes; lo bastante sabia, lo bastante fuerte, lo bastante inteligente para convertirse á su vez en un auxiliar y un guía para dar en lo sucesivo su propia luz, de la cual surgirán á la evolución otras vidas en otros universos. Porque cada uno de estos gérmenes de vida ha de elevarse á la altura en que se encuentra el Logos hoy, para poder ser el centro de un nuevo universo, para derramar su propia vida á fin de que otros semejantes á él puedan venir á una existencia gloriosa y radiante. ¿Pero cómo hubiera podido ser esto faltando la experiencia? ¿Cómo hubiera podido ser esto si algo quedaba por conocer? El Logos de un universo tiene que incluirlo todo en sí mismo, sentir con todo, simpatizar con todo, vivir en todo, porque de otro modo ¿cómo podría evolucionarlo todo? Lo inferior tiene que evolucionar, como asimismo lo superior; lo no desarrollado como lo desarrollado. Dentro de la evolución que ha de terminar en un Logos, todas las experiencias tienen que pasarse, todas las posibilidades de la vida tienen que conocerse. El tiene que amar, simpatizar y vivir en todo; por tanto, tiene que haberlo conocido todo, porque de no ser así estaría fuera de Su vida, fuera de Su experiencia. El secreto de la maravillosa paciencia del Logos está en que Él ha pasado por todo ello en el pasado. Porque Él mismo ha trepado por la inmensa escala; Él está presente en cada peldaño como auxiliar de la vida, que es la suya propia, por ser de Él emanada, multiplicándose en el universo que ha traído á la existencia; y la evolución es la fuerza de Su vida, dada á la vida que Él emana, á fin de que se desenvuelva. La fuerza tras ella es esa voluntad perfecta; la meta ante ella es ese Ser perfecto. El camino es largo y penoso cuando se le considera desde sus etapas; el camino es corto y dichoso, considerado desde la meta, cuando la conciencia mira hacia el pasado. ¿Dónde está, pues, el pesar; dónde el dolor? ¿Dónde está el corazón despedazado, dónde los ojos llenos de lágrimas? Esto no es más que las experiencias de la forma que han enriquecido la vida, la

cual encierra dentro de su mismo dolor el poder de la simpatía, dentro de sus propias tristezas una fuerza. El secreto de la evolución se ve en sus principios en la mente del Logos, terminando en la realización de todo aquello en que pensó; y las dos líneas de la evolución son claramente necesarias; ninguna de las dos podría existir sin la otra; de un lado la de la forma, de otro la de la vida. El lado de la forma nos habla del dolor y de la muerte; el lado de la vida nos habla de la expansión, del crecimiento, de la dicha. La Naturaleza no es un campo de batalla lleno de sufrimiento, de muerte y de miserias; la Naturaleza es el Corazón del Logos ensanchándose á fin de que un universo venga á la existencia, y una vez conocido el secreto del Señor, todo se convierte en hermosura, en dicha, en amor.

Annie Besant.



SOBRE EL MISTICISMO MUSULMÁN

SUS PRÁCTICAS Y SUS ÓRDENES RELIGIOSAS

(Continuación).

En el orden en que venimos estudiando las semejanzas entre la tradición arábiga y la hinda arcaica, aparece á continuación de la Polar *físico-metafísica*, ó sea el Qotb, las no menos importantes creaciones mítico-religiosas á que los tratadistas denominan los Cuatro «ministros» ó Autâd (Rinn). Esta palabra tiene, como es de suponer, una significación más importante que la de «piadosos» y «clavijas» que nos ofrece el diccionario Los árabes dan comúnmente este nombre en prueba de respeto á los principales personajes de una comarca; pero en el lenguaje filosófico sólo se aplica á los pensadores que llegaron al mayor grado de perfección en el conocimiento de las cosas divinas. Y es de observar que los musulmanes tan amigos comúnmente de multiplicar el número de estas entidades, advierten «que jamás en el Islam hay en una época más que *cuatro* Autâd, los cuales están colocados en las regiones que ocupan los cuatro puntos cardinales con relación á la Meca». Esto se relaciona á simple vista con lo que pudiera denominarse el culto á estos *focos* de fuerzas de nuestro planeta, de cuyo culto no nos costaría trabajo encontrar vestigios á través de todas las religiones. El Tabernáculo cuadrado erigido en el desierto, la situación de los altares, la posición que como precepto religioso observan aún ciertos pueblos para dormir, y otros muchos mitos y costumbres de esta índole, no obedecen sino á una especie de supervivencia de tal culto. En los templos egipcios, una gran cor-

tina de cuatro colores encerraba el tabernáculo. Es popular la perfecta orientación de la gran Pirámide con relación á los cuatro puntos cardinales (dato éste de gran importancia para nosotros desde que Pyazzi Smyth demostró que dicha Pirámide fué un monumento astronómico y no funerario), y los datos podían multiplicarse.

Ahora bien: cualquiera que haya ojeado la *Doctrina Secreta* recordará los brillantes y eruditos párrafos en los cuales H. P. Blavatsky, al tratar de los *cuatro Mahârâjahs*, se extiende sobre este culto de que venimos hablando. Y si nosotros presuponemos que los *cuatro Autâd* arábigos no son sino el nombre semítico de los *cuatro Mahârâjahs* de la India, nos explicaremos el respeto profundo que estos símbolos inspiran al filósofo musulmán, teniendo en cuenta lo que representan. Permítasenos recordar que toda la stanza V de la D. S. versa sobre este punto. Los Cuatro Santos ó Regentes que allí gobiernan las Fuerzas Cósmicas, fueron el molde donde se vaciaron los Autâd arábigos; los unos como los otros son:

«. . . los protectores de la humanidad, así como los agentes de Karma en la Tierra. . .; son las cuatro criaturas vivientes «que se parecen á un hombre» de la visión de Ezequiel, y son llamados por los traductores de la *Biblia* «Cherubim», «Seraphim», etc., y por los ocultistas «Globos Alados», «Ruedas Flamígeras», y por diferentes nombres en el Panteón indo. Todos estos Gandharvas, los «Melodiosos Cantores», los Asuras, Kumâras y Nâgas, son las descripciones alegóricas de los Cuatro Mahârâjahs» (1).

Y teniendo Autâd y Mahârâjahs común origen y común significación, hubieron de representar un mismo papel en las respectivas religiones. Así, pues, se suele decir en la India que los Kumâras — y ya hemos visto la identidad de éstos y los «Grandes Regentes» — fueron engendrados por Civa, el Mahâyogi, el gran protector de los yoguis y místicos de la India y son su poderoso auxilio, como así mismo sucede entre los árabes con los cuatro «Piadosos».

* * *

Lo que pudiéramos denominar el cuarto orden de estas entidades de la mitología mística de los árabes, es la de los *Khiar* ó sea los *Elegidos*. Limitándonos á repetir lo que de ellos refiere Rinn, diremos que son siete á manera de seres *inconscientes de su superioridad*, que viajan constantemente para difundir la luz del Islam, no siendo reconocidos más que por los R'uts. Sobre este punto hemos de decir, que encontrándose citados muchos seres similares á éstos en los libros de literatura hinda, no recordamos, sin embargo, ningún nombre especial de ellos. Además de que no debe perderse de vista la confusión que sobre este punto existe en la nomenclatura, de Prajâpatis,

(1) Consultad sobre esto, además de la stanza citada, la Sección XIV, parte II, volumen I de la *Doctrina Secreta*.

Manus, etc., no tratándose á veces sino de aspectos distintos de una misma concepción. En el caso presente el hecho de que los *Khiar* no sean reconocidos más que por los R'uts, hace pensar, sin embargo, que se trata de seres diferentes, los unos ya conocidos y los otros recordando á nuestros Apóstoles, con la salvedad de que éstos se reconocían así mismos como tales. Pero entre los que reina mayor confusión es entre los grupos de *Nedjib (distinguidos, excelentes)*, por lo indeterminado de su carácter, y los *Nequib* ó *jefes* de «santos», que como los ya citados Khiar, sólo son conocidos de sus superiores.

* * *

Más determinado é interesante desde nuestro punto de vista es el estudio de la que pudiérase llamar jerarquía de los ABDÂL ó sea *los Cambiantes.* Los expositores dicen son éstos en número de 70, ó 40, ó 7; y que se les llama de este modo, porque en su humanitario trabajo invisible *«si uno desaparace, es instantáneamente reemplazado por otro»*, y añaden que «por causa de ellos Dios arroja una mirada favorable sobre la tierra».

Todo esto, siendo al parecer tan original como enigmático, guarda, sin embargo, cierta analogía con algunas frases del *Vâyu purâna*, en el cual se dice, refiriéndose á los Maruts:

«Que en cada Manvantara, nacen *siete veces siete* ó 49; que en cada Manvantara *cuatro veces siete* ó 28, obtienen la emancipación, PERO QUE SUS SITIOS SON OCUPADOS POR PERSONAS QUE NACEN CON ESTE CARÁCTER».

Frase esta que, ó padecemos gran error ó tiene su explicación — y me refiero lo mismo á la árabe que á la hinda — en lo que dice H. P. B. en la Sección XI, parte II del vol. II, sobre las mónadas que pudiendo obtener la liberación final, renuncian á ella por amor á la humanidad, que de otro modo, y *sin esta ayuda extraordinaria*, lucharía en vano entre las redes de la ignorancia y de la desgracia; de aquí que dichas mónadas reencarnen una y otra vez *«ocupando así sus propios sitios»*.

Hé aquí, pues, cómo muchas de las concepciones arcaicas de la India tuvieron su eco, si bien algo débil, entre los pensadores del desierto, y cómo puede explicarse que sus al parecer inofensivas denominaciones, ocultando ideas muy transcendentes, hayan servido de base á estudios interesantísimos por parte de sus místicos.

En el próximo número veremos la indiscutible analogía que existe entre los procedimientos y prácticas de éstos y las de sus hermanos los hindos.

DR. VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.

(Se continuará.)



Á PROPOSITO DE UN ARTÍCULO DE «LE FIGARO»

DOS CIVILIZACIONES

(Continuación de la pág. 27).

Conveniente será citar ahora las opiniones de algunos autores no teosofistas, según manifestamos en nuestro artículo anterior, principiando por el ilustre orientalista y filólogo de fama universal, Max Müller, profesor que fué de la Universidad de Cambridge, y autoridad indiscutible en asuntos del Extremo Oriente y de la India en particular.

Luchó durante largos años este insigne escritor contra las prevenciones y prejuicios corrientes, tanto en Inglaterra como en otros países, respecto á las cosas de la India y sus habitantes, sugeridos aquéllos por la ignorancia, el orgullo de raza y el interés.

Profesor de una de las Universidades del Occidente, en la que se preparan los aspirantes al Servicio Civil de la India (Indian Civil Service), fué invitado por el Consejo de Estudios Históricos de Cambridge á dar una serie de conferencias acerca de la India. Esas conferencias fueron luego publicadas en forma de libro, obra notable por todos conceptos, y que lleva por título: *¿Qué puede enseñarnos la India?* (1) (India, what can it teach us?)

Ninguna como esa obra, fuera del campo teosófico, pudiera haber servido mejor mi intento, y los pasajes que siguen están sacados de aquélla. Tratándose de una obra bastante voluminosa, y no disponiendo del necesario espacio, me limitaré á citar sólo aquellos trozos directamente relacionados con nuestro asunto:

Exámenes. «He vacilado durante algún tiempo antes de acceder á la invitación que se me hizo, porque dudaba mucho de que cuanto pudiese decir en unas cuantas conferencias, resultase de verdadera utilidad para los aspirantes.

»Facilitar los exámenes á los jóvenes, parece ser ahora el principal,

(1) Obra que recomendamos á todos los amantes de la India, y á los Teosofistas en particular. — (N. del A.)

por no decir el único objeto de las Universidades, y á ninguna clase de estudiantes importa tanto pasar sus exámenes y pasarlos con éxito, como á los aspirantes al Servicio Civil de la India... (pág. 1).

»¿Por qué motivo nos atrae el estudio del Griego y del Latín? (de la filosofía, poesía, leyes y arte de la Grecia é Italia). ¿Por qué nos impone el respeto general, despertando en nosotros hasta el entusiasmo, mientras que el estudio del Sanskrito y de la antigua poesía, de la filosofía, leyes y artes de la India, es tenido por algunos, en el caso más favorable, por mera curiosidad, y por la mayoría de las gentes por inútil y fastidioso, cuando no por absurdo?... (pág. 4).

»... ¡Cuántas veces, al aconsejar á los jóvenes aspirantes al estudio del Sanskrito, ante todo (1), no me han contestado!: ¿Para qué hemos de estudiar ese idioma? Existen traducciones de Sakuntala, de Manu y del Hitopadesa. ¿Qué más hallaremos que sea digno de leerse en esa literatura?

»¡Kalidasa será, sin duda alguna, una obra muy hermosa; muy curiosas son las leyes de Manu, y en extremo originales las fábulas del Hitopadesa; mas no pretenderéis comparar la literatura Sanskrita á la Griega, ni recomendarnos que perdamos el tiempo copiando y editando textos Sanskritos que, ó nada nos enseñan que ya no sepamos, ó nos enseñan aquello que no nos importa saber!

»Paréceme esto un error de concepto funestísimo; y el principal objeto de mis conferencias será destruirlo, ó por lo menos, corregirlo en cuanto me sea permitido. No intentaré demostrar que tanto vale la literatura Sanskrita como la Griega.

»¿Por qué ese afán de siempre compararlo todo? Ambas literaturas tienen su objeto especial; pero de lo que estoy convencido, y espero convenceros, es de que la literatura Sanskrita, estudiada en su verdadero espíritu, ofrece grandísimo interés á la humanidad, de que atesora enseñanzas que inútilmente buscaríamos en la literatura griega misma, de que es un estudio digno de ocupar el ocio, y más que el ocio, de todo empleado del Servicio Civil en la India, y el mejor medio seguramente de preparar al joven que ha de pasar veinticinco años de su vida en la India, á vivir entre los Hindos como colaborador, y no como un extraño entre extraños... (págs. 5 y 6).

---

(1) Lengua que todos los que cultivan las ciencias morales y la filosofía en general, debieran estudiar antes que ninguna otra, siendo indispensable además para el estudio de la antropología y la filología. La interpretación *exacta* de los textos religiosos de la India, es en absoluto imposible sin un conocimiento profundo del Sanskrito, conocimiento tan superficial en Occidente. — (N. del A.)

»Comprenderéis ahora por qué he elegido por título de mis conferencias: *¿Qué puede la India enseñarnos?*

»Muchas son, en efecto, las cosas que puede la India aprender de nosotros, pero existen otras, y muy importantes, en determinado sentido, que puede aquélla enseñarnos.

»Si me propusiese recorrer el mundo entero en busca del país más favorecido por la naturaleza en riqueza, poder y belleza (verdadero Edén sobre la tierra en algunas regiones), me detendría en la India.

»Si me preguntasen bajo qué cielo desarrolló más completamente el humano espíritu algunas de sus más preciadas dotes, reflexionó más profundamente acerca de los más transcendentales problemas de la vida, y halló soluciones respecto á algunos de ellos, que bien merecen la atención hasta de aquellos que estudiaron á Platón y á Kant, señalaría la India.

»Si me preguntase á mi mismo en qué literatura debemos inspirarnos nosotros aquí en Europa, nosotros, nutridos casi exclusivamente con las ideas de los Griegos y Romanos y con los de una raza Semítica, la Hebrea, para hallar el correctivo tan deseado que ha de perfeccionar nuestra vida interna, haciéndola más comprensible, más universal, más verdaderamente humana, en una palabra, una vida no para esta existencia tan sólo, sino una vida transfigurada y eterna, nuevamente señalaría la India... (pág. 6).

»A mis amigos que han vivido muchos años en la India como empleados civiles, oficiales del ejército, misioneros ó comerciantes, y que mucho mejor debieran conocer aquel país que aquél que jamás pisó el suelo de Âryâvarta, diré desde ahora que hablamos de dos Indias muy distintas.

»Me refiero principalmente á la India, tal como era, mil, dos mil ó quizá tres mil años atrás; ellos hablan de la India actual, y cuando en ella piensan, recuerdan sobre todo la India de Calcuta, Bombay ó Madrás, la India de las ciudades; yo trato de la India de las comunidades rurales, de la verdadera India de los Hindos...

»Lo que deseo demostraros, es que aquella India de hace mil, dos mil ó tres mil años, y aun la India de hoy día, ofrece muchísimos problemas cuya solución á todos interesa, aun á nosotros, en esta Europa del siglo XIX (1) (pág. 7).

»El porvenir de la India pertenece á Europa; señalado tiene su puesto en el mundo Indo-Europeo, en nuestra propia historia y en

(1) Esta obra fué escrita el año 1883. —(N. del A.)

aquello que es la vida misma de la historia, la historia de la mente humana... y en ese estudio de la historia de la mente humana, en ese estudio de nosotros mismos, de nuestros verdaderos egos, ocupa la India un puesto que ninguna otra nación puede disputarle. Sea cual fuere la esfera de la mente humana elegida para vuestro estudio especial, bien sea el lenguaje, la religión, la mitologia ó la filosofía, las leyes, costumbres, artes ó ciencias primitivas, para todo tenéis que acudir, de buen ó mal grado, á la India, porque algunos de los documentos más valiosos é instructivos en la historia del hombre, son tesoros que sólo en la India se conservan» (págs. 14 y 15).

Veamos ahora lo que respecto al carácter moral de los Hindos escribía el gran orientalista combatiendo las ideas corrientes de aquellos que, movidos por el orgullo de raza ó por la ignorancia, afirman que entre otros defectos propios de los pueblos dominados, la falta de veracidad es la nota saliente del carácter de los Hindos.

En contra de esa opinión desfavorable, figura, en primer término, la de Mad. Blavatsky, opinión confirmada por gran número de autores imparciales, y por personas que vivieron largo tiempo entre los Hindos, y que libres de los prejuicios de raza y religión, pudieron penetrar hasta cierto punto en la vida familiar de aquéllos.

»Tan frecuente es la acusación de falta de veracidad de que son objeto los Hindos, y tanto se ha generalizado la creencia en la justicia de aquélla, que parece casi quijotesco intentar combatirla siquiera, ni á librar una batalla casi desesperada me atrevería, si no abrigase la convicción de que semejante cargo, como todos los que contra una nación entera se formulan, es hijo de inducciones insustanciales, y de que ha causado, causa y seguirá causando más daño á la dominación Inglesa en la India, que todo cuanto pudiesen inventar los mayores enemigos de aquélla.

»Si un joven que marcha á la India en calidad de empleado civil ó de oficial del ejército, parte plenamente convencido de que el pueblo con el que va á tratar es un pueblo compuesto de embusteros por naturaleza ó por instinto nacional, que jamás respeta la verdad, al que nunca se puede creer bajo palabra, ¿cómo extrañar en tal caso el sentimiento repulsivo manifestado por aquel joven respecto á los Hindos, aun antes de haberlos visto siquiera?» (pág. 35).

Oid ahora lo que dice el Profesor Wilson acerca de sus amigos, socios y sirvientes en la India (1): «Por necesidad y por gusto he vivido

(1) *Mill's History of British India*, ed. Wilson, vol. I, pág. 375.

muchos años entre los Hindos, y tuve ocasión de tratar personas que ocupaban situaciones muy distintas, y que por lo general escapan á la observación de los Europeos.

»En la Casa de Moneda de Calcuta, por ejemplo, trataba yo diaria y personalmente con gran número de operarios, maquinistas y labradores, y siempre observé en ellos mucha aplicación en el trabajo, así como buen deseo en el cumplimiento de las órdenes de sus superiores, y siempre dispuestos á cualquier esfuerzo que se les exigiese: la embriaguez, el desorden y la insubordinación, eran cosas ignoradas entre ellos.

»Decir que la honradez era absoluta, *no* sería exacto; pero creo que comparada con la que se observa en las Casas de la Moneda de otros países, era infinitamente mayor. La habilidad y docilidad de los obreros, eran muy notables. Lejos de manifestar el carácter de aquellos empleados servilismo alguno, revelaba extrema franqueza, y añadiré que allí donde hay confianza sin temor, la franqueza es uno de los rasgos más salientes del carácter Hindo.

»Convencidos los obreros de las buenas disposiciones de sus superiores hacia ellos, desaparecen por completo su reserva y timidez»... (pág. 40).

Ktesias, el célebre médico griego de Artajerjes Mnemon (presente en la batalla de Cunaxa, 404 años antes de Jesucristo), y primer autor griego que escribió acerca del carácter de los Hindos, tal como lo había oído describir en la corte de Persia, dedicó un capítulo especial á la «Justicia de los Hindos» (1).

Megastenes (2), el embajador de Seleuco Nicator, en la corte de Sandrocáto en Palibothra (Pataliputra, la Patna moderna), declara: «Que los robos eran extremadamente raros, y que rendían culto á la verdad y á la virtud» (3).

Arrio (discípulo de Epicteto, en el segundo siglo), hablando de los superintendentes públicos en la India, dice (4): «Inspeccionan cuanto ocurre en el campo ó en las ciudades, dando cuenta de todo al rey, si el pueblo lo tiene, y á los magistrados cuando el pueblo se gobierna á sí mismo, y no acostumbran aquéllos referir datos falsos; *pero bien es*

---

(1) *Klesiæ Fragmenta* (ed. Didot), pág. 81.

(2) Véase *Indian Antiquary*, 1876, pág. 333.

(3) *Megasthenis Fragmenta* (ed. Didot), *in Frag. Histor. Graec.*, vol. II, pág. 426 b: Ἀλήθειάντε ὁμοίωςκαι ἀρετὴν ἀποδέχονται.

(4) Índice, cap. XII, 6.

cierto que á ningún Hindo se le acusó jamás de faltar á la verdad» (1).

Siguiendo el orden cronológico, vienen luego los Chinos á prestar el mismo testimonio unánime, según creo, en favor de la honradez y veracidad de los Hindos. Y aquí citaré á Hiouen-thsang, el más célebre de los peregrinos Buddhistas Chinos que visitaron la India en el siglo séptimo (2): «Aunque los Hindos, escribe, son de temperamento frívolo, se distinguen por la rectitud y honradez de su carácter.

»Respecto á las riquezas, jamás se apoderan injustamente de cosa alguna, y en cuanto á la justicia, son hasta excesivas sus concesiones... ¡La rectitud es el rasgo distintivo de su administración!»

Entre los conquistadores Mahometanos de la India, vemos á Idrisi sintetizar en su geografía (escrita en el segundo siglo) la opinión de aquéllos acerca de los Hindos, como sigue (3):

«Los Hindos son por naturaleza amantes de la justicia, y jamás se apartan de ella en sus actos. ¡Bien conocidas son la buena fe, honradez y fidelidad con que cumplen sus compromisos; y tan renombrados son por esas cualidades, que á su país acuden las gentes de todas partes!»

En el siglo trece hallamos el testimonio de Marco Polo (4), que habla de los *Abraimanes* (se refiere sin duda á los Brahmanes), y dice: «Que aun cuando no son comerciantes de profesión, bien pudieran ser empleados por el rey en las grandes empresas comerciales.»

Esto ocurría particularmente en las épocas llamadas calamitosas por los Brahmanes, durante las cuales se consentían muchas cosas prohibidas en otros tiempos por las leyes.

«¡Habéis de saber — dice Marco Polo — que esos Abraimanes son los mejores y más honrados comerciantes de la tierra, porque por nada de cuanto en el mundo existe, consentirían en faltar á la verdad!»

Durante el siglo décimosexto, Aber Fazl, ministro del Emperador Akbar, hace en su Ayin Akbari estas afirmaciones:

«Los Hindos son religiosos, afables, joviales, amantes de la justicia, agradecidos, siendo su fidelidad ilimitada; y huir ante sus enemigos en el campo de batalla, es un acto que ignoran sus soldados» (5).

»Aun en tiempos muy modernos, parecen reconocer los Mahometanos que los Hindos, en sus relaciones entre sí mismos, por lo menos, son más leales que los Mahometanos en las suyas (págs. 56 y 57).

---

(1) Véase Mad. Crindle en *Indian Antiquary*, 1876, pág. 92.

(2) Vol. II, pág 83.

(3) Elliot, *History of India*, vol. I, pág. 88.

(4) *Marco Polo*, ed. H. Yuli, vol. II, pág. 350.

(5) Samuel Johnson, India, pág. 294.

»Y podria de este modo seguir citando obra tras obra, y veríamos que el amor á la verdad, como rasgo distintivo del carácter de sus habitantes, fué lo que siempre llamó la atención de todos los pueblos que tuvieron contacto con la India. Ninguno de ellos acusó jamás de falsedad á los Hindos. Algún motivo existe, sin duda, para ello, ya que no suele ser frecuente, aun en nuestra época, el hecho de reconocer los viajeros en paises extranjeros la veracidad invariable de sus habitantes.»

Fáltame espacio para seguir citando al famoso orientalista Max Müller, que combatiendo infinidad de errores relativos á la India, contribuyó poderosamente á la obra de la Sociedad Teosófica, sirviendo con ésta la causa de la Verdad y de la Justicia.

J. X. H.

(La conclusión en el próximo número.)



EL LIBRE ALBEDRÍO

(CONTINUACIÓN)

La Vida, en cada forma de que se reviste, verifica una combinación numérica compleja, cuyas complicadísimas operaciones son aún letra muerta para la inteligencia de la humanidad presente, la cual sólo percibe los resultados objetivos. Cada una de estas operaciones da por resultado un producto determinado, cuyo valor intrínseco queda grabado indeleblemente en aquella Vida en forma de experiencia ó de conocimiento; y esta Vida, á cada nueva forma que asume, ó sea á cada nueva combinación numérica ó serie determinada de operaciones matemáticas que emprende, aporta á la misma, como factor fundamental, la resultante última que obtuviera en la combinación anterior. El agregado sucesivo de todos los valores resultantes de las combinaciones numéricas que en el registro indeleble de la Vida se graban, va formando en ésta la Conciencia. Cuando la Vida llega al reino animal-humano (nuestra humanidad actual), las combinaciones numéricas entran, por decirlo así, en la completividad de sus elementos — en lo que á la evolución en nuestro sistema solar se refiere, — y las operaciones alcanzan tal complejidad, son tan innumerables los factores que entran en juego, que solo una especie de omnisciencia semidivina podría cal-

cular de antemano las resultantes de cada momento; pues en el hombre se dan todos los principios de la Naturaleza: lo material y lo psíquico (que comprende todos los reinos inferiores) en perfecto desarrollo; lo psíquico-mental que actualmente evoluciona la masa humana; lo puramente mental que se demuestra en las grandes inteligencias que se sobreponen á las pasiones vulgares, y lo mental-espiritual y lo puramente espiritual, que la humanidad sólo ha percibido rara vez y personificado en los Salvadores del Mundo.

Y estos diversos elementos aportan un sin número de factores en forma de vicios y virtudes, cualidades y defectos, resultantes de un número casi infinito de combinaciones numéricas que la Vida ha venido ejecutando, ó por las que ha venido pasando durante una evolución quizá de muchos millones de siglos, desde el primer albor de la formación de la nebulosa que dió origen á nuestro Sistema Solar, hasta el estado presente del planeta Tierra; á cuyos innumerables factores hay que añadir la legión de circunstancias del medio ambiente en que vive, tanto social como físicamente considerado, y las casi infinitas contingencias y complicaciones que ocasiona la influencia, hoy por completo desconocida, de las numerosísimas fuerzas ocultas, terrestres y ultraterrestres, que no por ser negadas son menos verdaderas y potentes.

La Conciencia así formada, como ya hemos dicho, por la agregación sucesiva de los valores, en forma de experiencias, resultantes de las combinaciones numéricas por las que pasa la Vida, aumenta constantemente su desarrollo, unida de modo indisoluble á su generadora, no formando las dos más que una sola cosa, desde las primeras vibraciones atómicas que se inician en la formación de una nebulosa y constituyen la Mónada; Mónada que es el verdadero Noumeno evolutivo, cuyo perfecto y completo desenvolvimiento es la finalidad de la evolución y el objetivo único de la manifestación universal, el objetivo del nacimiento, vida y muerte de los infinitos sistemas de mundos que pueblan el Espacio. Cuando la Mónada alcanza la etapa de la evolución llamada hombre, entra en funciones un tercer factor, y entonces se convierte en Triada; este tercer factor es la Mente, que hace que la Mónada se reconozca á sí misma, se reconozca como «Yo», constituyendo desde ese instante una individualidad separada permanente; separada, porque se cree una unidad aparte de otras unidades, no porque del Océano de la Vida se haya realmente separado la gota. Entonces el Noumeno es una Triada: Vida - Conciencia - Mente (1); esta última

(1) En este punto considero que quizá sería conveniente una explicación, pues por lo general, se cree que los términos conciencia y mente son sinónimos y que significan una

no siendo más que el instrumento de expresión de la Mónada, el instrumento por medio del cual se siente y se reconoce á sí misma, el instrumento por medio del cual piensa y se hace reconocer como tal pensador por los demás «Yos», y, finalmente, el instrumento por medio del cual ejecuta como «Yo» todas las combinaciones numéricas sucesivas de su evolución sin fin posible. Desde este momento, constituída la Triada, nacido el Pensador, surge la responsabilidad inherente á esa singularización de una Conciencia, cuya principal característica es el sentimiento de la separatividad, y el Libre Albedrío se pone de relieve. Mientras la Conciencia no ha llegado á este grado máximo de singularización, es una conciencia colectiva, que allá, en los principios de la involución, quizá abarcara todo un reino que más adelante se singularizó en familias, en géneros, en especies, y así sucesivamente, llegando á singularizaciones más restringidas, pero cada vez más elevadas en la escala de la evolución, á medida que surgían nuevas características, resultantes de las combinaciones numéricas más y más complejas por las que la Mónada ha ido atravesando en el piélago infinito, sin límite posible, del Todo de los Números; características que han ido aumentan-

---

sola cosa. Esta errónea creencia tiene su origen en el estado, aún poco evolucionado, de la humanidad, la cual, salvo contadas excepciones, es tan por completo esclava de la mente, que cree á ésta su único Yo. Los pensadores comprenden que la mente no es otra cosa que el instrumento y servidor de la conciencia, la cual constituye el verdadero Yo (el *Self* de los textos ingleses); pero que en el estado actual de la evolución, el servidor, ó sea la mente, por cuyo medio se nutre y se desarrolla su señora la Conciencia, como ésta está en estado infantil, es el dueño y el amo de la situación. Este hecho no es difícil de comprobar, y aquellos de nuestros lectores á quienes pueda chocar tal afirmación y deseasen cerciorarse de su verdad, pueden verificarlo haciendo el ensayo, repetido con alguna insistencia, de poner su *voluntad* á dirigir la mente á pensar en un objeto ó asunto determinado, con el propósito de no apartarse un ápice del mismo durante diez minutos. Se observará que insensible é involuntariamente, mucho antes de terminar ese tiempo, se encontrarán pensando en otra cosa muy distinta, á menos de que el asunto que hayan escogido sea de los que les preocupen en alto grado. Insístase una y otra vez en traer de nuevo á la mente al asunto que se ha escogido, y al poco tiempo de este ejercicio (altamente útil y práctico para el desarrollo de la fuerza mental), si lo hacen persistentemente durante varios días seguidos, verán por sí mismos, sin ningún género de duda, que su «Yo» no es su mente, sino que es tan sólo el instrumento por medio del cual el Yo verdadero — la Conciencia — piensa; pues la práctica la habrá hecho palpar que con una voluntad emanada de la Conciencia, han tratado, por decirlo así, de empuñar ó han empuñado á la mente, para mantenerla fija en un punto determinado, estableciendo así una distinción perfectamente clara entre el Yo que empuña y quiere domeñar, mandar y obligar, y la cosa—la mente—á que se quiere dominar y forzar á obedecer á la voluntad. Si se quiere comprobar el hecho de un modo más concluyente, pásese después á un segundo ejercicio, aún más difícil que el primero: trátese de *no pensar*, de anular la mente, de

do las variedades al paso que iban restringiendo la homogeneidad á grupos cada vez más reducidos en sus manifestaciones individuales, hasta llegar á sólo unas pocas de unidades manifestantes, terminando, finalmente, el proceso de singularización ó concreción en la unidad, en el «Yo» individual, con su sentimiento de absoluta separatividad, de absoluto egoismo; y la evolución en síntesis parece ser ésta:

Comienza la Vida su carrera evolutiva partiendo de la perfecta homogeneidad de la inconciencia absoluta, dentro del Océano del Todo Conciencia en potencia, allá en los primeros extremecimientos del despertar del Kosmos de un universo ó sistema de mundos futuros; y después de una evolución que abarca, quizá, muchos miles de millones de años, alcanza el extremo opuesto de la curva en la concreción suma de la conciencia individualizada, y en la heterogeneidad máxima de aquel Océano convertido en gotas — los «yos» individuales: la Unidad No manifestada, convertida en *unidades* manifestadas sin dejar de ser Unidad. Y el Círculo se completa (la Serpiente muerde su cola) cuando los yos individuales, cuando esas unidades transmuten el sentimiento de separatividad y heterogeneidad en sentimiento de unidad y homogeneidad, y reconstituyan la Unidad como Unidad Manifestada, por la transformación de la Inconciencia Absoluta del Todo Conciencia en *potencia*, en la Absoluta Omnisciencia del Todo Conciencia en *acto* (en

---

dejarla *en blanco*, de no pensar en nada; y si después de repetidos esfuerzos lo consiguiese, sin perder la conciencia de sí mismo, aunque sólo sea por espacio de dos ó tres minutos, habrá vivido este tiempo en sólo su Conciencia; en su Yo verdadero, aparte por completo de la mente; y entonces principiará á comprender el gran alcance, la suma transcendencia de algunas enseñanzas teosóficas, particularmente las que versan sobre el dominio de la mente. Cuando la Conciencia ha adquirido bastante desarrollo para comprender y penetrarse de que su «Yo» no es la mente, cuando ha palpado de que ha sido siempre y es aún casi el esclavo de esta última, entonces principia á pasar por una de las grandes crisis de su desarrollo, llega á una de las grandes etapas de su evolución sin fin; entonces se da cuenta de su inmensa inferioridad y de que no le queda más camino, para seguir evolucionando y no quedarse estancado, que dar principio á la gran tarea de invertir los términos del estado actual de cosas y convertirse de dominado en dominador. Desde ese solemne momento empieza el hombre á tomar su progreso, su evolución, en sus propias manos; desde ese momento es cuando principia la verdadera Voluntad, el verdadero Libre Albedrío á manifestarse en él, porque hasta aquel instante sólo ha sido una resultante casi automática de las circunstancias. Pero esto no significará más que los primeros ténues albores de su liberación de su esclavitud á la mente, porque son necesarias varias vidas, quizá muchas, para llegar sólo á cierto dominio consciente y volitivo de aquélla, desde que por primera vez se iniciara el trabajo; trabajo que no termina hasta que el hombre no ha llegado á las etapas superiores de la evolución, hasta que no haya pasado los umbrales de la Iniciación superior y se haya convertido en un Maestro, en un Mahâtmâ.

lo que respecta la evolución de aquel determinado universo ó sistema de mundos). El Océano Monádico, todo Conciencia en potencia, conviértese en gotas separadas á la mitad de su carrera evolutiva, gotas que, al final de la misma, vuelven á fundirse en Océano Triádico, todo conciencia en acto, donde cada gota se siente ser el Océano entero mismo, estado Mahaparanirvánico final del cual el estado Nirvánico es el reflejo.

La primera mitad del circulo (1) fué recorrido por la Mónada por impulso ajeno ó impulso externo, de fuera adentro, por decirlo así, al paso que la segunda mitad la recorre por impulso propio ó interno, de dentro afuera, por una voluntad propia que hoy es casi incipiente en su desenvolvimiento en la humanidad, como casi incipiente es su Libre Albedrío. Y es casi incipiente la *voluntad propia*, porque ésta, para ser talmente propia, tiene que provenir, que surgir del verdadero Yo, ó sea de la Conciencia, y ser una fuerza deliberada, consciente de su libertad y poder. La mayor parte de los actos y pensamientos de los hombres no provienen de su Yo, sino de las impresiones del instrumento de su Yo, la mente, que hoy domina á éste de tal modo, que casi todas las ideas que se reflejan en ella son ajenas á su Yo; son pensamientos de otros que recoge unas veces directa y otras indirectamente; en el primer caso, sabe que el pensamiento no es suyo; en el segundo, se imagina que lo es, y la mayor parte de las veces actúa á impulsos de estos pensamientos ó ideas externas antes de que el Yo las haya hecho suyas, resultando de esto que el impulso es más bien externo que

---

(1) Téngase presente que, según ciertas afirmaciones que se atribuyen á orígenes autorizados, nos hallamos precisamente á la mitad del Círculo de la evolución Mahamanvantárica total, siendo nuestra tierra el cuarto globo de la cuarta cadena planetaria de las siete cadenas que constituyen la evolución de nuestro Rayo (se dice que estos Rayos son siete en nuestro Sistema Solar; pero siendo diez el número perfecto, desde luego se comprende que existen tres más, para nosotros supraespirituales ó ultraprakríticos, exclusivamente relacionados con la Triada Superior del Logos). Y como nuestra tierra se encuentra exactamente á la mitad de su carrera, puesto que nos encontramos á la mitad de nuestra Cuarta Ronda, quedándole aún tres y media Rondas para llegar al fin del manvantara terrestre, resulta que la corriente de Vida ha recorrido precisamente tres y medio sistemas ó cadenas planetarias, de las siete que constituyen la evolución total en el Gran Círculo Mahamanvantárico; hecho altamente sugestivo para todo teosofista pensador que quiera darse cuenta de la significación del estado social de la humanidad actual, teniendo presente que nos hallamos (la parte más avanzada de esta humanidad) en la *Quinta* subraza de la *Quinta* Raza de la Cuarta Ronda del cuarto Globo, ó sea en el apogeo máximo de la Intelectualidad *material* ó potencia suma de la mente en el plano puramente físico.

interno, y que el acto carece del sello del verdadero Libre Albedrío, aun cuando él y los demás se imaginen otra cosa.

Para que haya verdadero Libre Albedrío — siempre relativo al conocimiento adquirido, — el Yo ó la Conciencia tiene primeramente que acoger la idea, pesar el pró y el contra de la misma y determinar el objetivarla ó no, ó mejor dicho, asimilársela convirtiéndola en propia, ó rechazarla como un factor de vibraciones no afines. La conciencia, en esta etapa de la evolución humana, es dual, esto es, tiene dos aspectos: un aspecto superior espiritual resultante del conjunto de las combinaciones numéricas del polo positivo de la Naturaleza, ó sean las experiencias de orden moral superior ó espirituales, y un aspecto inferior constituído por las resultantes de las combinaciones numéricas del polo negativo de la misma, ó sean las experiencias de orden moral inferior ó pasionales, constituyendo ambos aspectos el Yo humano encarnado. La idea que la mente refleja ó acoge puede contrariar uno de los aspectos y halagar al otro, y entonces se entabla la lucha venciendo el que más puede, siendo el término de la contienda, bien la asimilación de la idea por uno de los dos aspectos, ó bien la repulsa de la misma. Por ejemplo, puede ser una idea que entrañe el cumplimiento de un deber, de un acto justo y honrado que halaga al aspecto superior, pero que en cambio puede contrariar al aspecto inferior, por cuanto implique una renuncia á la satisfacción de algún vicio, de alguna ambición mundana ó de alguna mira egoista cualquiera. Si en la lucha que se entable á causa de esta idea de deber vence el aspecto superior, la idea es asimilada; si vence el aspecto inferior, la idea es rechazada, si bien dejando impresa una huella, más ó menos profunda, que constituirá un factor importante en combinaciones sucesivas Si por el contrario, se trata de una idea que encierra la satisfacción de un vicio ó de un sentimiento mundano cualquiera, ya sea ó no en perjuicio de tercero, que repugne al aspecto superior y halague al inferior, entáblase la misma lucha pero á la inversa, siendo asimilada ó rechazada, según venza ó sea vencido el aspecto inferior. Puede suceder también que uno de los dos aspectos predomine extraordinariamente sobre el otro; esto es, que el aspecto superior esté mucho más desarrollado que el inferior ó viceversa; en tales circunstancias las ideas casi no originan lucha, sino que son asimiladas ó rechazadas incontinenti por el aspecto predominante, el cual adquiere cada vez mayor desarrollo, al paso que el otro se debilita más y más. En cualquiera de las circunstancias referidas la Conciencia ó Noumeno manifiesta su Libre Albedrío, más ó menos desarrollado, según el conocimiento que tenga de la naturaleza y transcendencia de la

idea que se asimila ó que rechaza, estando su responsabilidad en armonía con el círculo que limita ese conocimiento. Advirtamos de paso que vulgarmente se hace depender el Libre Albedrío de la objetivación de la idea ó ejecución de la misma, no dándose en este punto importancia alguna al pensamiento en sí. Esto es, por supuesto, un error de los más groseros, porque el Libre Albedrío radica tan sólo en la elección de la Conciencia, y nunca en los actos, los cuales suelen muchísimas veces contrariar la elección, viéndose muy á menudo el caso de tener que obrar uno de un modo radicalmente opuesto á su deseo, hasta el punto que bien pudiera asegurarse que en el medio ambiente de la sociedad moderna pocos son los verídicos, pocos son los que, obrando ó no rectamente, actúen con arreglo á su verdadera elección ó deseos.

Cada Noumeno ó Conciencia individualizada tiene un campo de acción adecuado á su desarrollo. Cada «Yo» que viene á la vida terrestre, es la suma de las resultantes de todos los pensamientos que se ha asimilado y de todos los actos que subjetiva ú objetivamente haya ejecutado; en una palabra: de todas las combinaciones numéricas que haya llevado á efecto ó en las que tan sólo haya entrado como un simple factor en el transcurso de su evolución previa. Cada combinación numérica tiene dos clases de resultantes para el Yo: una que pudiéramos llamar producto sencillo, y otra que llamaremos producto compuesto. Es el primero la resultante inmediata de la operación que se verifica en lo que concierne tan sólo al actor, y es el segundo la resultante de la misma operación al combinarse con el medio ambiente universal. Supongamos, por ejemplo, un hombre que por odio, por lucro ó por un móvil inferior cualquiera ejecuta un asesinato en circunstancias sensacionales. Tal acto aportará á la Conciencia, como resultante más inmediata, una serie de experiencias tales como las impresiones porque pase desde la ideación del acto (acto subjetivo) hasta la ejecución del mismo (acto objetivo); y sus sensaciones y pensamientos posteriores al huir, ser perseguido, aprisionado, juzgado y condenado — suponiendo que pase por todos estos incidentes,— y esto es lo que hemos convenido en llamar producto simple. Mas este acto deja en la desolación y en la miseria á una familia, la cual, como consecuencia, pasa por una serie indefinida de desgracias y desventuras que repercuten, quizá, en más de una generación. Por otra parte, el delito ha impresionado hondamente la opinión pública, no sólo en la población en que se cometió sino en el mundo entero, donde quiera que los hilos telegráficos, nervios artificiales conductores del pensamiento y del verbo humano, hayan transmitido la noticia con sus horribles detalles, influyendo di-

versamente en millones de conciencias en las cuales ocasiona actos subjetivos de más ó menos transcendencia ó impresiones más ó menos perturbadoras. Y todas estas combinaciones numéricas han arrancado, indudablemente, de aquella operación llamada asesinato, con la cual se combinan á su vez, constituyendo una serie interminable de operaciones complejísimas cuyas diversas resultantes tienen necesaria y matemáticamente que repercutir á la larga en la Conciencia actora que les dió origen; y á todo esto es á lo que damos el nombre de producto compuesto. Claro es que para que la Conciencia pueda percibir y registrar semejante interminable serie de resultantes procedentes de un solo acto, y teniendo presente que esta misma Conciencia no sólo debe tener una larga cuenta que saldar de resultantes de existencias previas, sino que en esa *misma última* existencia ha ejecutado y sigue constantemente ejecutando otros miles de actos subjetivos y objetivos, más ó menos transcendentes, todos los cuales tienen necesariamente que aportar sus respectivas resultantes, simples y compuestas al Yo actor; si se medita un momento en todo esto, se comprenderá fácilmente que el proceso de registrar en la Conciencia tal cúmulo de resultantes tiene que ser muy largo, máxime cuando la Conciencia no cesa un momento de generar Causas; y que de necesidad tiene que aportar de una existencia á otra una cuenta tremenda por saldar. Esta cuenta pendiente es la que traza las líneas generales de cada existencia terrestre del hombre, puesto que tiene que colocarlo en un ambiente y en unas circunstancias en las cuales pueda percibir aquel grupo de resultantes anteriores que buenamente pueda registrar la Conciencia en aquella vida terrestre; y de aqui que cada hombre tenga trazado de antemano las líneas generales de su destino y muchas de las vicisitudes por las que tiene que pasar en cada existencia. Pero, obsérvese bien, no es que haya una entidad llamada Dios ó espíritu superiorísimo, que trace paso á paso tal existencia con arreglo á lo que crea en su sabiduría que sea lo justo, sino que cada existencia, con todas sus predestinadas peripecias, es una resultante matemática de las operaciones numéricas por registrar, en combinación perfectamente armónica con los diversos factores que constituyen aquella Conciencia en el desarrollo en que se encuentra. Todo lo más que puede admitirse y deba admitirse, es que así como las leyes *humanas* tienen sus ejecutores *humanos*, las Leyes Divinas tienen sus Ejecutores Divinos; Ejecutores absolutamente impersonales que son la encarnación viva inteligente de aquellas Leyes, y que, por tanto, son las Leyes mismas en acción, que aplican la resultante matemática que el hombre ha producido, tal cual ella misma se

da con arreglo á la LEY de Leyes, á la Ley Una Primordial, tronco de todas las Leyes: la Ley de la Causa y del Efecto, la Ley de Justicia. Y esta Ley, que matemáticamente traza el destino del hombre en cada existencia, encerrándolo en un círculo de *fatalidades*, la hace actuar el hombre mismo; Ella es una fuerza que por sí misma está siempre en potencia y que sólo el hombre pone en acción: en la Naturaleza es ley potencial que 3 × 3 sean = 9; el hombre que verifique la operación, que ponga en acción esa ley, tiene forzosa y fatalmente que registrar su matemático producto.

JOSÉ MELIÁN.

(Se concluirá.)



EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO IV

CUANDO volví de mi desvanecimiento sentí mi cuerpo cubierto de un sudor helado; mis miembros parecían carecer de vida. Permanecí perdido en conjeturas, sin esperanza de poder averiguar en dónde me hallaba.

Todo permanecía tranquilo; reinaba la obscuridad. Al principio la sensación de reposo solitario me resultó deliciosa. Pero pronto comenzó mi mente á pasar revista á los sucesos que habían hecho que el día transcurrido fuese como un año para mí. La visión de la blanca flor del Loto aumentó en vividez ante mis ojos, pero desvanecióse en cuanto mi alma aterrorizada lanzóse á los recuerdos de la última y horrorosa visión que habían mis ojos contemplado; aquello que, á la verdad, había sido lo postrero que ante sí habían visto hasta el momento en que desperté envuelto en tinieblas.

De nuevo la vi; otra vez en mi imaginación contemplé aquella faz altanera, su espantosa no realidad, el frío fulgor de sus ojos crueles. Me encontraba exhausto, enervado, exánime, y de nuevo... si bien la visión parecía entonces ser sólo un efecto de mi imaginación, di un grito, lleno de terror.

Inmediatamente vi á través de la puerta de mi cuarto que una luz se aproximaba, y entró un sacerdote llevando una lámpara de plata. Vi, gracias á su resplandor, que me hallaba en una habitación en la cual no había entrado todavía. Parecía llena de comodidades. Vi que aterciopelados cortinajes la convertían en un lugar silencioso de retiro, y sentí el aire lleno de un perfume agradable.

Aproximóse el sacerdote, y al estar más cerca de mí inclinó su cabeza.

—¿Qué es lo que mi señor necesita? ¿Debo traer agua fresca? ¿Estás sediento?

—No tengo sed—le dije.—Estoy asustado; me llena de terror la cosa horrible que he visto.

—No—contestó;—es tan sólo tu juventud la causa de tu temor. La mirada de nuestra omnipotente Señora es en todas ocasiones lo suficiente para que un hombre se desvanezca. No temas, pues, el que tus ojos posean visión; es para ti un gran honor. ¿Qué es lo que puedo traerte para que te tranquilices?

—¿Es de noche?—pregunté volviéndome inquieto de un lado á otro en mi blando lecho.

—Poco falta para que amanezca—contestó el sacerdote.

—¡Oh, que venga pronto el día!—exclamé—¡borre de mis ojos el sol bendito esta cosa que me hace estremecer! ¡Tengo miedo á las tinieblas porque en las tinieblas está la faz maligna!

—Me quedaré al lado de tu cama—dijo el sacerdote tranquilamente.

Colocó la lámpara de plata en una rinconera, y se sentó junto á mí. Asumió su rostro al momento gran compostura, y al cabo de un instante me pareció que no era más que una simple estatua. Sus ojos eran fríos; su lenguaje, si bien lleno de palabras bondadosas, no poseía calor alguno. Aparté mi vista de él, porque al contemplarle me pareció ver á la visión del corredor surgir entre nosotros. Traté de soportar esto durante un rato, procurando hallar consuelo en su presencia; pero al fin estallé en palabras, olvidando el temor de ofenderle, que era lo que hasta entonces me había mantenido tan obedientemente tranquilo.

—¡Ah! ¡Yo no puedo sufrirlo!—grité.—¡Dejad que me marche; dejadme salir... al jardín... á cualquier parte! Todo está lleno de la visión. En todas partes la veo. Es inútil que contra ella cierre mis ojos. ¡Oh, permitid... permitid que me marche!

—No te rebeles contra la visión—contestó el sacerdote.—Vino á ti desde el santuario, desde el tabernáculo más sagrado. A ti te ha señalado como diferente de los demás, como uno á quien nosotros honraremos y agasajaremos; pero debes dominar los impulsos rebeldes de tu corazón.

Permanecí en silencio. Caían las palabras sobre mi alma á manera de carámbanos helados. No comprendí su significación, y á la verdad, era imposible que pudiera; pero sí sentía vivamente la frialdad del lenguaje. Después de una larga pausa, durante la cual procuré con energía rechazar de mi mente todo pensamiento y librarme así de mis terrores, apoderóse de mí un recuerdo súbito que me llenó de un sentimiento agradable de consuelo.

—¿En dónde—dije—está aquel hombre negro á quien vi ayer en el jardín?

—¿Quién? ¿El jardinero Seboua? Estará durmiendo en su cuarto. Pero en cuanto apunte el alba se levantará é irá al jardín.

—¿Podré ir con él?—pregunté presa de ansiedad febril, uniendo mis manos como en una plegaria; tan temeroso estaba de que me fuera negado.

—¿Al jardín? Si la inquietud te domina, el ir á pasear por entre el rocío matutino y las flores lozanas calmará la fiebre que te abrasa. Llamaré á Seboua para que venga á buscarte en cuanto vea que la aurora apunta.

Di un gran suspiro de alivio ante la fácil concesión de lo que pedía, y apartando mi vista del sacerdote continué tendido con los ojos cerrados, tratando de rechazar todas las visiones horribles de mi imaginación, reemplazándolas con la idea de las delicias que iba á experimentar bien pronto, en cuanto abandonase aquel aposento cerrado y artificialmente perfumado, por la suavidad y frescura del aire libre.

No pronuncié ni una sola palabra, esperando pacientemente; el sacerdote permanecía inmóvil junto á mí. Por fin, después de lo que me parecieron horas de espera fatigosa, levantóse y apagó la lámpara de plata. Vi entonces que un tenue rayo de luz penetraba en la habitación á través de las elevadas ventanas.

—Llamaré á Seboua—dijo volviéndose hacia mí—y te lo enviaré. Ten presente que ésta es tu habitación, la cual de hoy en adelante te pertenece. Vuelve aquí antes de las ceremonias de la mañana, te esperarán los novicios para el baño y para ungirte con el aceite.

—¿Y cómo—dije yo, en extremo atemorizado ante la idea de ser, por algún extraño destino, una persona tan importante,—cómo sabré yo cuando he de volver aquí?

—No es necesario que vengas hasta después del desayuno. Una campana da la señal para ello, y además Seboua te lo dirá.

Con estas palabras se marchó.

Llenóme de placer el pensar en el aire fresco que reanimaría mi cuerpo aniquilado de un modo tan fuera de lo natural, y además anhelaba contemplar el extraño rostro de Seboua y la dulce sonrisa con la cual una y otra vez borraba el efecto de su fealdad. Me parecía como si la suya hubiese sido la única faz humana que habían contemplado mis ojos desde que me había separado de mi madre.

Me miré para ver si todavía llevaba mi blanca túnica de lino y estar pronto para salir con él. Sí, todavía permanecía cubierto con mi blanca y pura vestidura. Contempléla con cierto sentimiento de orgullo, pues jamás había llevado hasta entonces un tejido tan fino. La idea de volver á estar con Seboua me había hecho recobrar de tal modo la tranquilidad, que permanecí contemplando mi túnica, preguntándome qué hubiera pensado mi madre al verme revestido de un lino tan fino y delicado.

No tardé en oir pasos que me sacaron de mis ensueños; el rostro extraño de Seboua asomó por la puerta; la negra forma de Seboua avanzó hacia mí. El era feo... sí; tosco... sí; negro y sin la menor gracia en su aspecto. Sin embargo, en cuanto entró y me miró, la sonrisa que yo recordaba de nuevo irradió en su cara. ¡El era humano! ¡Amaba!

Tendí hacia él mis manos y me levanté del lecho.

—¡Oh, Seboua!—dije yo, á la vez que las lágrimas se agolpaban á mis ojos en cuanto contemplé aquella expresión de dulzura en su rostro.—Seboua, ¿por qué estoy aquí? ¿Qué es lo que les hace decir que yo soy diferente de los demás? Seboua, dímelo: ¿veré acaso otra vez aquella forma horrible?

Acercóse Seboua y se arrodilló junto á mí. Parecía natural en aquel hombre negro el arrodillarse cuando un sentimiento de reverencia temerosa le embargaba.

—Hijo mío—dijo,—los cielos te han dotado con ojos sin velos. Conserva tu bravura en la posesión de este don y serás una luz en medio de las tinieblas que descienden sobre nuestro país desdichado.

—No deseo tal cosa—dije de mal humor. Como no tenía miedo de él me rebelaba.—Yo no quiero hacer nada que mè haga sentir de un modo tan extraño. ¿Qué razón hay para que yo haya visto esa faz espectral que aun ahora se presenta ante mis ojos interceptando la luz del día?

—Ven conmigo—dijo Seboua, levantándose en lugar de contestar á mi pregunta y tendiéndome la mano.—Ven y nos iremos entre las flores, y hablaremos de todas estas cosas en cuanto la fresca brisa de la mañana haya comunicado á tu frente su frescura.

Me levanté sin el menor inconveniente, y cogidos de la mano nos dirigimos por los corredores hasta que llegamos á una puerta, por la cual entramos en el jardín.

¿Cómo puedo describir yo el sentimiento de placer infinito con que aspiré el aire matutino? Era una sensación de delicia incomparablemente más grande y más vivida que todo cuanto el mundo de la naturaleza me había comunicado hasta entonces. No solamente había salido de una atmósfera artificial y perfumada, diferente de todo cuanto yo conocía, sino que además el estado mental de excitación terrorífica que me dominaba se había extraordinariamente calmado, reanimándome el sentimiento renovado de que el mundo era todavía bello y natural fuera de las puertas del templo.

Contemplando mi rostro, Seboua pareció, gracias á alguna simpatía sutil, penetrar mis vagos pensamientos é interpretármelos.

—Todavía se levanta el sol en toda su magnificencia—dijo.—Todavía abren sus corazones las flores á sus caricias. Abre tú el tuyo á la alegría.

No podía contestarle. Era joven é ignorante. No podía realmente contestarle con palabras, pero fijé mi mirada en su rostro mientras andábamos por el jardín, y supongo que por mí hablaron mis ojos.

—Hijo mío—me dijo él,—no por haber permanecido durante la noche sumido en las tinieblas hay motivo para dudar de que tras de la obscuridad sigue existiendo la luz. Cuando por la noche vas á dormir no te asalta el temor de dejar de ver al sol á la mañana siguiente. Has permanecido sumido en tinieblas más profundas que las de la noche, y así también llegarás á contemplar un sol más resplandeciente que éste.

No le comprendí á pesar de que di vueltas y más vueltas á sus palabras

en mi mente. Nada dije porque la suavidad del aire y el sentimiento de humana simpatía eran lo suficiente para mí. Al encontrarme gozando del libre y fresco ambiente, parecía que me tenía sin cuidado el oir palabras ó el darme cuenta y comprender lo que experimentaba. Era yo sólo un niño, y el intenso sentimiento de delicia que experimentaba al volver mis energías á la vida, era causa de que olvidase todo lo demás.

Esto era natural, y todo cuanto era natural me parecía aquel día lleno de una profusión de encantos. Y sin embargo, tan pronto como hube penetrado nuevamente en lo natural y empezaba á solazarme en él, me sentí súbitamente y sin saber cómo arrebatado fuera del mismo.

¿Adónde? ¡Ah! ¿Cómo puedo decirlo? No existen palabras adecuadas en los lenguajes de la tierra para describir ninguna cosa real de las que existen más allá del círculo de lo llamado natural.

Ciertamente, yo permanecía sobre mis propios pies en el verde césped; ciertamente, no me había separado del lugar en que me hallaba. Seguramente Seboua continuaba á mi lado. Yo oprimía su mano. Sí, allí estaba. Y sin embargo, yo conocía por mis sensaciones que lo natural me había abandonado y que de nuevo me hallaba en el seno del estraño mundo de sentimiento... de visión... de sonido, que tanto temía.

Nada veía... nada oía... y, sin embargo, me embargaba el horror, temblando como tiemblan las hojas ante la tormenta. ¿Qué era lo que iba yo á ver? ¿Qué era lo que estaba junto á mí? ¿Qué era lo que extendía ante mis ojos una nube?

Los cerré; no me atrevía á mirar, no me atrevía á arrostrar la ofuscación de las realidades que en torno de mí flotaban.

—Abre tus ojos, hijo mío—dijo Seboua,—y dime: ¿está aquí Nuestra Señora?

Los abrí temiendo contemplar la faz horrible que me había llenado de pavor en medio de las tinieblas de la noche. Pero no; nada vi por el momento y respiré tranquilo, pues había temido contemplar junto al mío aquel rostro altanero con la cólera comprimida en él impresa. Pasó otro segundo y todo mi ser vibró de delicia. Sin apercibirme de ello Seboua me había conducido hasta el mismo estanque del loto, y vi allí, inclinándose como antes, para beber el agua de la corriente cristalina, á la mujer hermosa cuya opulenta cabellera dorada me ocultaba su faz á medias.

—¡Háblale!—exclamó Seboua.—Por tu cara veo que ella está ante ti. ¡Oh, dirígele la palabra! Durante esta generación no ha hablado ella con sus sacerdotes; háblale, pues en verdad necesitamos su ayuda.

Seboua había caído sobre sus rodillas á mi lado, como había hecho el día anterior. Expresaba su cara la más ardiente de las ansias, de sus ojos brotaba una plegaria. Fijando en ellos los míos sentíme rechazado, sentí algo inexplicabe que me separaba de él, como si la mujer de cabellos de oro me llamase á sí y como si Seboua me empujara hacia ella; y sin embargo, en mi cuerpo no me hallaba más cerca de ella; pero en mi conciencia me parecía que me

levantaba y que me dirigía hacia el estanque de los lirios, hasta que apoyándome en su pretil toqué sus vestiduras allí en donde caían sobre la superficie de las aguas. Levanté mis ojos y los fijé en su faz, pero no la pude ver. De ella irradiaba luz, y podía únicamente mirarla como si mirase al sol. Y sentí el contacto de su mano sobre mi cabeza é insinuáronse palabras en mi mente que de ella emanaban, á pesar de que apenas tenía conciencia de que las oía.

—Niño de ojos abiertos—dijo ella,—tu alma es pura y sobre ella pesa una tarea penosa. Pero mantente cerca de mí, que estoy llena de luz, y te mostraré el camino en el que tienes que apoyar tus pies.

—Madre—dije yo,—¿y aquello de las tinieblas?

Apenas me atreví á formular con mayor claridad mi pregunta. Parecíame que si hablaba de aquel rostro horrible aparecería iracundo ante mí. Sentí que una vibración, procedente de sus manos, pasaba á través de mí al pronunciar yo aquellas palabras. Imaginéme debía ser su cólera, que estaba pronta á descender sobre mí; pero su voz pasó á mi conciencia tan dulce y suavemente como gotas de lluvia é infundióme el mismo sentimiento de envío de lo divino que asociamos nosotros, habitantes de un país sediento, con la aparición del dulce rocío.

—No hay que temer á las tinieblas; han de ser vencidas y rechazadas á medida que el alma adquiere mayores fuerzas en la luz. Hijo mío, reinan las tinieblas en aquel santuario más interno del templo, por no poder soportar la luz los adoradores que en él residen. De él hállase excluída la luz de vuestro mundo, á fin de que pueda ser iluminado con la luz del espíritu. Pero los sacerdotes ciegos y envueltos por su propia presunción se confortan con la progenie de las tinieblas. Ellos escarnecen mi nombre al emplearlo; diles, hijo mío, que su reina no tiene poder alguno en las regiones de las tinieblas. Ellos no tienen reina alguna; ellos no tienen más guía que sus ciegos deseos. Este es el primer mensaje que se te encarga; ¿acaso no han pedido ellos uno?

En aquel momento parecióme que me apartaba de ella. Me cogí á la orla de su vestidura, pero mis manos eran impotentes, y en cuanto perdí aquel contacto con ella parecióme perder también el sentimiento de su presencia. Un sentimiento intolerable de irritación física era lo único de que mi conciencia se daba cuenta. Había cerrado mis ojos, falto de fuerzas, al ser separado de ella. Los abrí entonces con esfuerzo. Vi únicamente ante mí el estanque de los lotos, lleno de corolas de la reina de las flores; lleno de corolas que flotaban majestuosas en la superficie de las aguas. Caían los rayos del sol sobre sus dorados corazones, y en ellos percibí el color de los cabellos de oro. Pero una voz, que aunque llena de cólera hablaba suavemente y con entonación deliberada, arrancóme de las fronteras del reino de mis sueños.

Volví la cabeza y contemplé con asombro mío á Seboua entre dos novicios, con su cabeza inclinada y cruzadas las manos. Cerca de mí estaban Agmahd y Kamen, los dos sumos sacerdotes; Agmahd hablaba á Seboua.

Pronto comprendí que yo era la causa de que hubiese caído en desgracia, pero no pude comprender lo que había hecho para ello.

Agmahd y Kamen se colocaron á cada lado mío, y comprendí que tenía que andar entre ellos. Avanzamos en silencio en dirección del templo y penetramos de nuevo á través de sus puertas sombrías.



NOTA EJECUTIVA

SOCIEDAD TEOSÓFICA

PRESIDENCIA, ADYAR, *Noviembre 17-1900.*

La siguiente correspondencia se publica para conocimiento de los interesados:

SOCIEDAD TEOSÓFICA

(Sociedad Internacional Teosófica)

EN ALEMANIA

CENTRO GENERAL LEIPZIG, *Junio 14-1900.*

Querido Coronel Olcott:

Los firmantes ruegan á usted se entere de sus proposiciones, y si éstas no le parecen convenientes, se sirva exponer las suyas, mediante las cuales se pueda llegar á un arreglo entre las Sociedades Teosóficas en Alemania (y quizá también de las Sociedades Teosóficas de América, Inglaterra, Suecia, Holanda, &) y la Sociedad Teosófica de que sois Presidente.

Con toda consideración, *Arthur Weber.* — *Edwin Böhme.* — *Hermann Rodolph.*

AL CORONEL OLCOTT, *Presidente de la Sociedad Teosófica.*

(Centro General, Adyar).

La Sociedad Teosófica en Alemania y su unión con la Sociedad Teosófica (Centro General, Adyar).

ARTÍCULO I

Principios y Fundación.

I. La S. T. A. se ha fundado, como puede verse por su constitución, con arreglo á la Sociedad Teosófica fundada por H. P. Blavatsky, H. S. Olcott, W. Q. Judge y otros, y se atiene á la constitución original que garantiza por completo la libertad de acción y de pensamiento para todos. Considera como su objeto principal la realización de la Fraternidad Universal en una base espiritual (teosófica), ó sea basada en el conocimiento de la verdadera naturaleza del hombre ó de la esencia divina, la cual es el verdadero núcleo de unidad que yace en el fondo de todo ser.

II. Declara estar en simpatía con todos los hombres y sociedades que obren desinteresadamente, con el mismo fundamento antisectario, en beneficio de la humanidad, por medio de la iluminación y elevación de los hombres, con completa tolerancia de sus opiniones, ya sean miembros ó no de la S. T.

III. No representa persona alguna ni ningún partido especial, ni tampoco está en oposición con persona ni partido alguno. Asimismo no hace propaganda de una organización externa, escuela ó Sociedad, ni se esfuerza por obtener éxitos externos. Por tanto, no se reclutan miembros ni por la persuasión ni por promesas de ninguna clase. Trabaja exclusivamente para la expansión de las ideas teosóficas de unidad, amor y fraternidad, sin adhesión á ninguna autoridad ni dogma. Deja que cada cual se una á la S. T. con arreglo á su propia decisión y consideración, obrando conforme á sus convicciones. Pero ningún miembro tiene derecho á propalar sus doctrinas en nombre de la Sociedad como de ésta. Por tanto, la Sociedad no es responsable de las opiniones que se expresen en conferencias, libros ó revistas.

La unidad de la S. T. es espiritual y no debe identificarse con la unidad externa de la organización. Esta última debe procurarse, pero no es absolutamente necesaria para la realización del objetivo de la S. T.

IV. La S. T. en Alemania es una organización libre, no una rama dependiente de una Sociedad en Alemania ó de fuera. Rige sus asuntos con entera independencia, como corresponde á toda Sociedad Teosófica, que decide respecto de la admisión de sus miembros.

Artículo II

Decisiones particulares.

V. La S. T. en Alemania se alía con la S. T. (Centro General, Adyar), presidida por el Coronel Olcott, para cooperar juntas á la expansión de las ideas de Fraternidad Universal, bajo las condiciones siguientes:

1.ª Enviará una contribución anual voluntaria para los gastos de administración de este cuerpo, directamente al Coronel Olcott, Centro General Adyar. Este donativo y la época de su envío serán decididos por la Convención General anual de la S. T. en Alemania.

2.ª El Secretario de la S. T. en Alemania enviará un extracto del informe anual al Presidente de la S. T. (Centro General Adyar), á fin de que se publique en el informe anual de esta Sociedad.

3.ª Por tanto, la S. T. en Alemania se une para la obra general con la S. T. (Centro General Adyar), sin ser una Rama de una Sección Europea.

4.ª Esta unión con la S. T. (Centro General Adyar) no excluye el derecho de federación con otras sociedades, si tal circunstancia se considerase ventajosa al progreso del movimiento teosófico.

5.ª Cada una de las sociedades queda en libertad de anular este acuerdo en cualquier tiempo. La S. T. en Alemania se une con la S. T. (Centro General, Adyar) bajo las bases expresadas en los párrafos 1.º y 5.º, á fin de

demostrar que considera la armonía y fraternidad universal sin distinción ninguna, así como sin distinción de la organización á que pertenezcan los trabajadores teosóficos, como el objeto principal de la S. T., y que no se halla en oposición con ninguna persona ni sociedad, ni obra en determinadas sendas particulares.

No habrá ya una sociedad madre: es abolida y reemplazada por un cuerpo de sociedades congregadas, todas *autónomas*.

Cualquiera que sea la organización á que se pertenezca, seamos Uno en espíritu, y trabajemos juntos en inquebrantable armonía en beneficio de la humanidad que sufre.

Por el Comité Ejecutivo de la S. T. en Alemania, *Arthur Weber*. — *Edwin Böhme*. — *Hermann Rudolph*.

Para ser aprobado por la Convención General.

Leipzig 15 Junio 1900.

SRES. WEBER, BÖHME Y RUDOLPH, COMITÉ.

Señores:

Vuestra importante comunicación de ayer tendrá toda mi consideración imparcial y cuidadosa, y será contestada una vez que haya consultado con los miembros del Consejo General de la Sociedad Teosófica. Como viven en distantes países, pasarán, naturalmente, algunos meses antes que reciba sus contestaciones á mi carta circular.

Vuestro con toda consideración, *H. S. Olcott, P. S. T.*

Del Presidente Fundador de la S. T. al Comité de Leipzig.

SOCIEDAD TEOSÓFICA

PRESIDENCIA, *Noviembre 17-1900.*

Señores:

De conformidad con mi promesa, he sometido vuestras cartas del 15 de Junio á los miembros del Consejo General de la Sociedad, hallándome autorizado para contestar lo que sigue:

Las principales cuestiones que se abarcan, son:

1.ª La situación presente de la Sociedad Teosófica y la del cuerpo á que ustedes pertenecen.

2.ª Los términos en que puede efectuarse una conexión entre la S. T. y vuestra corporación.

3.ª Una cuestión relacionada con las anteriores es la de la situación presente en la Sociedad Teosófica de aquellos de entre vosotros que figuraban como miembros de la S. T. y eran tenedores de su Diploma en la época de la Separación Judge, y que reclaman ahora su derecho á tal título, lo cual, aunque no se menciona en vuestra carta oficial, se discutió entre nosotros en Leipzig en Junio último. Verdaderamente, se pretendía por vosotros que tenía gran importancia con relación á vuestro alegado derecho para usar nuestro sello y nombre de corporación. Por tanto, tiene que ser solucionado aquí.

Respecto de la primera cuestión, afirmamos la nunca interrumpida continuidad de la existencia de la Sociedad Teosófica desde la época de su fundación — el 17 Noviembre de 1875 — hasta hoy, con su exclusivo derecho al Título, Sello y autoridad para otorgar en su nombre Cartas de Constitución para Secciones y Ramas, y Diplomas de miembros. Aseguramos, además, que vuestra Sociedad, así como todas las demás que, desde la Separación de Abril 28 de 1895, se hayan organizado bajo este Título, usado su Sello y apropiado su forma de Cartas Constitutivas y Diplomas, no son partes constituyentes de la Sociedad, ni tienen derecho al uso de su Título, Sello y otros símbolos de su identidad, ni para otorgar documentos de la clase arriba mencionada, ni ningún otro que envuelva el nombre de «Sociedad Teosófica». También me permito llamar vuestra atención sobre el hecho de que nuestra Sociedad no es la Sociedad Teosófica «de» ó «en» Adyar: no tiene limitaciones geográficas, sino que se extiende por todo el mundo. Sus Secciones Americana y Europeas es verdad que han empleado, durante muchos años, la designación de «en América», y «en Europa», en documentos legales é Informes anuales, pero jamás con pretensión alguna de poseer ninguna situación aparte ó independiente de la Sociedad madre, de la cual derivan su existencia constitutiva, y de cuyo todo no son más que partes ó Secciones.

Tanto vuestra corporación como las demás aludidas, siendo extrañas á nuestra organización, y no estando sujetas á nuestras Reglas, deben definirse como Sociedades aparte, con las cuales pueden hacerse pactos amistosos (como en los casos de la «Sociedad Pandits de Benares», la «Sabha Sanskrita», etc., con las cuales hemos formado alianzas en el pasado), siempre que se acuerden términos mutuamente satisfactorios.

Respecto del segundo punto, es perfectamente posible, como ya se ha declarado, el formar alianzas entre la Sociedad Teosófica y otras Sociedades, en términos mutuamente satisfactorios. En la clase de corporaciones como la vuestra, el único obstáculo serio que se presenta es que os halláis funcionando indebidamente con nuestro Título, produciendo de este modo confusiones, y usando nuestro Sello de corporación, designado para nuestro uso particular, y por indicar el carácter y objetos declarados de nuestra Sociedad, los cuales han sido publicados por nosotros en todas partes del mundo. Nuestros sacrificios y trabajos la han hecho universalmente reconocida y respetada, y se ha hecho tan querida para nósotros, que nos hallamos en el deber de exigir, como primera condición de cualquier alianza con otra Sociedad, la renuncia del emblema de nuestro Título de corporación, así como del mote elegido por nosotros hace muchos años, como expresión del carácter de nuestra Sociedad.

Si cualquier Sociedad más joven tiene verdadero y sincero interés de formar alianza con otra ú otras Sociedades, compartiendo así el buen Karma de su obra filantrópica, parece lo más razonable esperar que renunciarán gustosos á los nombres y símbolos de la corporación ó corporaciones más

antiguas, una vez advertida que su uso no estaba autorizado, y que producía confusiones en la mente pública, y que, por tanto, era indebido. Sería fácil, especialmente para cualquier Sociedad más joven, la adopción de algún Título que demostrase desde luego su carácter independiente, y abandonasen á su verdadero dueño, el que indiscretamente se han apropiado.

Respecto de la cuestión de hacer vuestra Sociedad un donativo voluntario á la Sociedad Teosófica, no veo que podamos pretenderlo ó aceptarlo de vosotros en términos que se diferencien de cualquier otra corporación extraña, toda vez que vosotros repudiais la autoridad de nuestro Presidente, de nuestras Reglas y de nuestro Consejo, y no os encontrais, por tanto, bajo ninguna obligación de contribuir á los gastos de la Sociedad. Es verdad que lo que debe buscarse es la unión en una colaboración simpática de todas las personas en el mundo que desean trabajar en disipar la ignorancia y en extender el conocimiento espiritual. Al mismo tiempo, es un hecho que no permite discusión ni objeción alguna, que el trabajo del mundo sólo puede verificarse por medio de organizaciones conducidas por la senda de la unidad de acción y prudente dirección; la verdad es el alma, la Sociedad organizada el cuerpo, en el que únicamente puede aquélla morar y manifestarse.

En cuanto á la cuestión relacionada (la tercera), afirmo que los tenedores de nuestros Diplomas que se apartaron en la época de la Separación de Abril 28 de 1895, fueron expulsados, y las Cartas Constitutivas de las Ramas seccionadas, á que entonces pertenecían, canceladas oficialmente en el Decreto Ejecutivo del Presidente Fundador, fechado en Zumárraga (España) Junio 5 de 1895, el cual fué unánimemente ratificado en la reunión del Consejo General, que tuvo lugar en Londres el 27 de Junio del mismo año. Por tanto, desde la fecha de la Separación todos estos tenedores de Diplomas perdieron su carácter de miembros, y sólo pueden volverlo á adquirir como pretendientes personalmente aceptables, que simpatizan con nuestros propósitos, y que están prontos á asumir las mismas obligaciones que hemos adoptado los Fundadores y demás miembros de la Sociedad. No puede formarse ninguna clase privilegiada como la que vosotros verbalmente me indicasteis, ninguna excepción puede hacerse á la regla común á que todos estamos sujetos. Al paso que no queremos hacer ningún género de reproches á nuestros exmiembros, ni imponerles ninguna indignidad ni humillación, tenemos que insistir en su nueva entrada, si es que lo verifican, bajo las bases de nuestra Constitución y de sus leyes, sin reserva mental alguna, y con el honrado propósito de ser fieles á sus compromisos como miembros. En el caso de aquéllos que han satisfecho sus derechos de entrada al ser admitidos por primera vez, el segundo pago puede dispensarse, y sus contribuciones anuales sólo exigibles desde la fecha de su nuevo ingreso, pero todos tienen que firmar nuevas Peticiones, tener dos miembros convenientemente caracterizados que firmen como fiadores, y ser admitidos en la forma usual en la Rama en que deseen ingresar, siempre que el Secretario General de la Sección certifique su aprobación del reingreso. Si opusiese su veto, el solicitante

puede apelar al Presidente Fundador ó á su sucesor, cuya decisión será la definitiva.

Con arreglo á los términos de la Nota Ejecutiva Presidencial que se ha mencionado, que se convirtió en ley por ratificación del Consejo General, y y que no ha sido nunca cancelada, la pérdida del carácter de miembro se aplica á toda persona que en cualquier tiempo, desde Abril 28 de 1895, se haya adherido al movimiento de Separación, ya haya ó no ingresado como miembro en alguna de las Sociedades externas antes mencionadas.

En conclusión: podéis tener la seguridad de que en todo lo que se os ha manifestado, nuestra decisión se basa en nuestra profunda convicción de la necesidad de proteger y fortalecer la agencia visible que hemos estado constituyendo durante los últimos veinticinco años, y la cual no ha sido influída de ninguna manera por sentimiento personal alguno. El mundo es bastante vasto para sostener muchas corporaciones como la nuestra, y nuestros sinceros buenos deseos se dirigen á todos los hombres que se hallan penetrados de un amor desinteresado por la raza y de un deseo de mejorar su estado espiritual.

Quedo de ustedes, señores, respetuosamente vuestro,

H. S. Olcott,

Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica.



NOTAS Y RECORTES

El Sistema Pitagórico de la Evolución.

El 27 de Enero último dió una conferencia en el Ateneo de Madrid, nuestro ilustrado amigo D. Arturo Soria y Mata, sabio que con sus sorprendentes descubrimientos se ha consagrado al estudio y difusión de las Matemáticas Transcendentales.

Todo cuanto expuso en su discurso el Sr. Soria fué sorprendente, y creemos que hasta maravilloso, para una gran parte de su auditorio, poco acostumbrado á ver probadas matemáticamente muchas cosas que hoy se consideran como elucubraciones metafísicas. La Teoría Pitagórica de la Evolución encierra tan grandes sorpresas para la ciencia en general y marca tan firmes y amplios caminos para las especulaciones del pensamiento humano, que al hablar hoy de ésto, resulta uno un soñador é idealista, de tal vuelo, que hace imposible le sigan ni aun los hombres avezados al estudio. La conferencia nos pareció demasiado breve para entrar en materia, resultando que el Sr. Soria, más que exponer, lo que hizo fué indicar cuánto podría decirse y estudiar sobre este asunto; por lo cual creemos interpretar la opinión de todos al rogar al conferenciante que haga una serie de conferencias, en las cuales, á modo de curso, nos inicie en sus estudios, pues la que oímos, á fuerza de ser buena, nos pareció poco.

M. T.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.